

José L. Caravias sj

IDOLATRIA

Y

BIBLIA

*Sabemos que es ídolo
aquello que no tiene existencia,
y no hay otro Dios que el Único.
Es verdad que se habla de otros dioses
en el cielo y en la tierra,
y en este sentido no faltan los dioses y señores.
Sin embargo, para nosotros hay un solo Dios: el Padre...
Y hay un solo Señor, Cristo Jesús.
(1 Cor 8,4-6)*

Contenido:

Introducción	3
¿Ateísmo o idolatría?	4
A. La idolatría según el Antiguo Testamento	
1 - “No tendrás otros dioses además de mí”	7
2 - La prohibición de imágenes de Yavé	9
a. El becerro de oro (Ex 32)	10
b. Los becerros de Jeroboán (1 Re 12,26-33)	11
c. La prohibición de toda imagen de Yavé	12
3 - El culto a “los otros dioses”	14
4 - “Sólo Yavé es Dios”	16
a. Jeremías y el segundo Isaías	16
b. La carta de Jeremías	19
c. Daniel 14	20
d. I Macabeos	21
5 - Divinización de los bienes materiales	22
6 - Divinización del poder	25
a. Los profetas preexílicos	25
b. El libro de la Sabiduría	26
B. La idolatría según el Nuevo Testamento	
1 - Jesús desenmascara las falsas imágenes de Dios	29
2 - Idolatría de la ley	32
3 - Idolatría del dinero	34
4 - Idolatría del poder político opresor ..	37
5 - La idolatría deshumaniza	41
a. Romanos 1,18-32	42
b. Hch 17,16-34	44
6 - El poder de los ídolos	45
C - La verdadera imagen de Dios	
a. La tradición sacerdotal	47
b. La literatura sapiencial	48
c. La teología paulina	49
Cristo imagen del Padre	
Los hombres imagen de Cristo	
D. Conclusiones	
1 - Los ídolos de la sociedad actual	52
a. El dios dinero	53
b. El dios poder	54
c. El dios placer	57
d. El dios de la superstición	59
e. El dios de los filósofos	61
2 - El desafío de las sectas	65

3- El Dios que enseña a compartir.....	70
Cuadro resumen.....	75
Bibliografía	76

Editoriales que han publicado este libro:

EDICAY, Cuenca, Ecuador

Paulinas, São Paulo, Brasil

Guadalupe, Bs. As., Argentina

CEPAG, Asunción, Paraguay

Introducción

Hace algún tiempo, en una reunión del equipo pastoral de la zona en que trabajaba en la arquidiócesis de Cuenca (Ecuador), se constataba el impacto que producen las sectas en los miembros de las Comunidades Cristianas de Base. Se burlaban de ellos considerándolos idólatras, al hacerles leer diversas citas bíblicas en las que se ridiculiza a las imágenes: es un necio el que lleva una imagen a hombros...

En esta zona las sectas ya no podían atacar aduciendo que no usamos la Biblia, o que no somos cristocéntricos o que no vivimos en comunidad. Pero el tema idolatría es el punto flaco, donde siempre insisten, como en llaga no cerrada.

Los agentes de pastoral nos dimos cuenta de que realmente habíamos cultivado muy poco esta temática, a pesar de ser tan frecuente en la revelación bíblica. Como si tuviéramos cierto miedo a tocar el tema, quizás por recelo de que se nos considere “protestantes”.

Como fruto de la reflexión de aquella reunión de nuestro equipo pastoral se decidió que había que afrontar en serio el tema de la idolatría. Y para ello se me encargó que realizara una investigación bíblica sobre ello.

Comencé a reflexionar con las bases y al mismo tiempo a buscar estudios bíblicos sobre el tema.

La reflexión comunitaria enseguida resultó fluida y sumamente creativa. La gente verdaderamente estaba interesada en aclararse las dudas que sembraban en ellos las sectas. Y nos fuimos dando cuenta de que lo más serio del problema no eran las mismas imágenes en sí, sino la actitud que se tomara ante ellas. Pues había gente que quemaba las imágenes, pero en su actitud seguía más fanático que antes, intrigador y divisionista... Dependía de cómo se miraran las imágenes, si para justificar una actitud egoísta o como aliciente para mejorar en la conducta familiar y comunitaria.

Algo más me costó encontrar estudios bíblicos sobre el tema. Principalmente agradecí la lectura de algunos escritos de José Luis Sicre, de Pablo Richard y de Carlos Mesters. Después fui completando con diversos autores, hasta que llegué a formarme una idea más técnica sobre ello. Cuando estaba en estos avatares tuvo lugar en Madrid

un congreso de Teología sobre el Dios de Vida y los ídolos de muerte; ello me ayudó a ampliar el panorama y aterrizarlo en nuestro tiempo.

Después de mucho leer y dialogar, me animo a publicar este resumen. Como ya he hecho en otras ocasiones, se trata de eso, de un resumen. En la bibliografía podrán apreciar los libros y artículos consultados.

Como este librito está destinado a agentes de pastoral populares, me he ahorrado el aparato crítico de citas, que no haría sino entorpecer la lectura. Muchas citas literales estarían llenas de palabras complicadas. Por ello transcribo con suma libertad, mezclo a unos autores con otros y aun intercalo cantidad de reflexiones personales, normalmente sacadas del mismo pueblo.

Los autores sabrán comprender esta libertad en el uso de sus escritos. Sólo pretendo poner sus esfuerzos un poquito más cerca del pueblo. En nombre de ellos les agradezco desde ya sus aportes, tan valiosos, para ayudar a este pueblo, creyente y oprimido, a distinguir con claridad entre los ídolos de muerte y el Dios de la Vida, al que ellos tan sinceramente quieren seguir.

¿Ateísmo o idolatría?

Hay personas que piensan que la idolatría es un problema de tiempos remotos. Se dice que el problema grave de los tiempos actuales es el del ateísmo: según ellos, hoy en día se trata no de optar entre éste o aquel dios, sino, mucho más radicalmente, de saber si Dios existe o no existe.

Quizás esto sea asunto del primer mundo. Pero en Latinoamérica ciertamente ése no es el problema fundamental.

Además, antes de poder afirmar la existencia o la inexistencia de Dios, hemos de saber de alguna forma de qué Dios se trata. Hasta existen personas que se profesan no creyentes, y realmente son no creyentes, pero en lo que no creen es en esas especies de espantajos que les habían querido hacer pasar por dioses, como el dios-policía, el dios-tapaagujeros o un dios cuadrículado ante el que no es posible ningún tipo de libertad humana. El que considera a Dios como algo contrario a la dignidad y progreso humano, tiene toda la razón en rechazarlo. Preguntar a alguien si cree o no cree en Dios puede fácilmente llevar a un juego equívoco, ya que la palabra “dios” es terriblemente ambigua. Hasta es posible que cuando dos personas discuten sobre Dios realmente no estén discutiendo sobre el mismo tema.

La Biblia no es sino un proceso de descubrimiento del rostro de Dios, pero para ello la pedagogía que usa con frecuencia es ir aclarando qué no es Dios.

Según el mensaje bíblico, el reconocimiento de Dios es, fundamentalmente, la negación de los ídolos. Lo opuesto a la fe en Dios no es el ateísmo, sino la idolatría. Por eso la lucha contra la idolatría es el tema principal que recorre el Antiguo Testamento y está siempre de telón de fondo en el Nuevo. La historia de la salvación no es otra cosa que un despegarse de los ídolos: desde Abrahán a la Iglesia de nuestros días, es tarea del creyente *“no ir detrás de las vaciedades”* (Jer 2,5) y *“guardarse de los dioses falsos”* (1 Jn 5,21) para poder servir al único Dios viviente.

En la asamblea de Siquén Josué presentó al pueblo con claridad la disyuntiva: *“Si no quieren servir a Yavé, digan hoy mismo a quiénes servirán, si a los dioses que sus padres sirvieron en Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos que ocupaban el país en que ahora viven ustedes”* (Jos 24,15). Tiene que ser clara la discriminación entre las dos situaciones. Así lo gritaba Elías contra la sociedad de su tiempo: *“¿Hasta cuando van a caminar con muletas? Si Yavé es Dios, síganlo; si lo es Baal, síganlo a él”* (1 Re 18,21). La verdadera alternativa, a la que está sometido cada hombre, es y será siempre, la aceptación del Dios viviente; o su rechazo, con la consecuente aceptación del servicio a sus ídolos.

Este tema no puede ser propio solamente de épocas pasadas. También actualmente se inventan ideologías alienadas, fetiches e ídolos. También ahora existen personas egoístas y sistemas de opresión que para mantenerse en sus privilegios producen ídolos justificadores, a los que diariamente ofrecen sus víctimas.

A los que nos llamamos creyentes nos resulta cómodo hacer resaltar una línea de división entre nosotros y los llamados ateos. La insistencia en la alternativa fe-ateísmo, más que en la de fe-idolatría, llega a resultar una tentación de comodidad autojustificadora. En cambio, cuando se mantiene el problema en los términos “Dios o los ídolos”, forzosamente todos estamos implicados en él. El cristiano debe reconocerse en un proceso de continua purificación de la idolatría: los ídolos del mundo son también los nuestros. La enseñanza de la Palabra de Dios es que no hay ateos y Pueblo de Dios, sino idólatras y creyentes con tentaciones de idolatría... A la Iglesia no la contaminará tanto el ateísmo, por fatal que pueda ser a veces, como los dioses falsos.

El mensaje bíblico sobre la idolatría es esencialmente un mensaje de liberación y de esperanza en momentos de crisis y de opresión del pueblo de Israel y de las primeras comunidades cristianas. Nuestra situación histórica es en muchos puntos diferente, pero en el fondo la situación humana y el mensaje es el mismo.

A - LA IDOLATRIA SEGUN EL ANTIGUO TESTAMENTO

1 - “No tendrás otros dioses además de mí”

El primer Mandamiento es el eje sobre el que debe girar la comprensión exacta del problema de la idolatría. Hablar de ídolos sin “conocer a Yavé” acaba siempre en desgracia, ya que es como ponerse en marcha en un carro con las ruedas descentradas.

Para comprender el significado original del primer Mandamiento es necesario colocarlo en el contexto histórico en el que fue proclamado por Dios: dentro de un proceso creciente de liberación de la esclavitud, en busca de una tierra de fraternidad.

Según el sistema religioso del faraón, él era el hijo predilecto de su dios; la gente del pueblo, en cambio, eran considerados como hijos secundarios, no tan queridos. Con aquel sistema religioso se justificaba todo lo que fuera acaparamiento y desprecio a los demás; y en los de abajo, la sumisión, el servilismo, el dejarse explotar mansamente...: “dios así lo quiere...”, era el dicho común, tanto en unos como en los otros. El sistema del faraón había conseguido meter esta enseñanza horrible en la cabeza de los pobres. Así no había peligro de rebeldías ni sublevaciones.

El dios del faraón no pasaba de ser una invención humana para mantener al pueblo en la miseria y en la ignorancia, como mano de obra barata. Era la consagración religiosa de aquel estado de injusticia institucionalizada.

Y para dar más fuerza a esta concepción de la vida ellos construían grandes imágenes, llenas de lujo y ostentación; y construían magníficos templos, en los que se celebraban solemnes cultos religiosos. Con ello asustaban al pueblo y remachaban su servilismo.

Esta religión era como agua venenosa que iba penetrando profundamente en las raíces del pueblo, hasta envenenarlo todo.

Yavé, en cambio, es totalmente distinto a los dioses del imperio. El no escucha los caprichos orgullosos y acaparadores del faraón y los suyos; sus oídos están atentos al clamor de los oprimidos. No se trata de un dios bueno para con unos pocos, pero indiferente o malo para con la mayoría. El es el Dios bueno para con todos sus hijos por igual. Ha creado la tierra para todos, y por ello opta preferentemente por los despojados y despreciados. De aquí que no pueda soportar que alguien use su imagen para oprimir a sus hijos.

El que quiera pertenecer al pueblo del Dios de la Biblia, lo primero que tiene que hacer es romper con la religión de los opresores. Por eso dice el primer Mandamiento: *“No tengas otros dioses fuera de mí... No te postres ante esos dioses, ni les des culto...”*

(Ex 2,3-5). Yavé no soporta que su pueblo acepte y sirva a esos otros dioses de la escuela del faraón. El único Dios preocupado realmente por el bien del pueblo y capaz de liberarlo es Yavé. Todos los otros no sirven sino para oprimir al pueblo.

La versión original de este Mandamiento no quiere decir únicamente “además de mí”, sino “contra mí”. El que conoce a Dios, se da cuenta que todos los otros dioses son contrarios a Yavé, pues no sirven sino para esclavizar, que es todo lo contrario a la forma de ser propia de Dios. Por ello la intención original de este Mandamiento apunta a la preocupación de Yavé por que su pueblo se mantenga firme en la Alianza liberadora, cosa muy necesaria, ya que el pueblo se siente minado de continuo por las tentaciones contra el esfuerzo que supone el proceso de liberación. Así aparece en el Exodo, cuando enseguida añoran las “ollas de Egipto” y protestan duramente contra Moisés y contra el mismo Yavé.

Notemos que el Mandamiento en esta primera versión no impugna la existencia y el poder de otros dioses; al contrario: cuenta con ellos. Pero su razón de ser es justamente la preocupación de que Israel no vuelva a perder, entregándose a la idolatría, la libertad que está conquistando.

El primer Mandamiento desenmascara y echa por tierra esa fachada bonita y piadosa de todo sistema opresor. Pone al descubierto las muchas injusticias practicadas bajo la protección de “otros” dioses.

El verdadero creyente en el Dios revelado en la Biblia no se arrodilla delante de las imágenes y figuras que siempre se han construido y se siguen construyendo en todas partes para convencer de que un sistema opresor es justo y bueno. El creyente en Yavé no se deja engañar. El sabe que su Dios quiere la felicidad y la prosperidad para todos sus hijos por igual, sin privilegios.

Algunos piensan que para cumplir el primer mandamiento basta con botar de sus casas toda clase de imágenes religiosas. Pero eso es quedarse en el cascarón, sin profundizar el contenido de este mandamiento; sobre todo si se sigue en actitud de apoyar y adorar al sistema que, en nombre de una falsa idea de dios, explota y oprime al pueblo.

Los que destruyen las imágenes, pero no cambian su actitud interior, al fin y al cabo no son sino idiotas útiles del sistema amparado por los dioses falsos. A veces los que más hablan contra la idolatría ellos mismos son profundamente idólatras...

Para reflexionar y dialogar

1. *“No tendrás otros dioses además de mí”*. ¿Cómo puede ayudarnos este mandamiento en el camino que está haciendo nuestra comunidad en busca del verdadero Dios?
2. Existen ídolos que impiden el crecimiento personal y comunitario. Intentemos descubrir juntos cuáles son los ídolos que más nos impiden crecer.

3. ¿En qué casos la religión se puede convertir en un instrumento idolátrico que oprime, esclaviza y engaña al pueblo, en lugar de servir de instrumento de liberación?
4. ¿Qué es lo que Dios nos quiere decir a nosotros hoy en este primer mandamiento? ¿Estamos viviendo una situación parecida a la de aquel tiempo?

2 - La prohibición de imágenes de Yavé

El primer Mandamiento saca una conclusión concreta que dice así: *"No te hagas estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba, en el cielo, abajo, en la tierra, y en las aguas debajo de la tierra. No te postres ante esos dioses, ni le des culto, porque Yo, Yavé, tu Dios, soy un Dios celoso"* (Ex 20,4s). El Deuteronomio lo repite de forma casi idéntica (5,8s).

Según los especialistas actuales en Biblia lo que aquí se prohíbe hacer y venerar son las imágenes de Yavé, y no imágenes de otros dioses, como en otro tiempo se pensó.

La idolatría tiene en el Antiguo Testamento dos sentidos diferentes: uno que se puede dar en el culto al Dios verdadero y otro que se refiere al culto a los demás dioses. De este segundo hablaremos a través de los capítulos siguientes. Ahora nos ocupamos de la idolatría ligada al problema de las imágenes culturales de Yavé; es el caso de los "ídolos yavistas".

Las pocas ocasiones en las que se habla en el Antiguo Testamento sobre el problema de ídolos en el culto a Yavé tienen un gran peso en la tradición bíblica. Los principales casos son el del becerro de oro del Sinaí (Ex 32) y el de los becerros que puso Jeroboán en Dan y Betel (1 Re 12,26-33). Quizás se refieren al mismo problema los textos de Jueces 8,22-27 (el efod de Gedeón) y Jueces 17-18 (el ídolo de Micá). Estudiaremos un poco los dos primeros casos.

a. El becerro de oro (Ex 32)

El capítulo 32 del Exodo es un punto de referencia constante en toda la Biblia. En el momento en el que ocurre el hecho se trataba de un pueblo recién liberado de la esclavitud, que se ve sometido a duras pruebas en ese periodo de transición, camino de la tierra que se les ha prometido. Su líder, Moisés, llevaba ya bastantes días lejos de ellos, recibiendo de Dios en el Sinaí las tablas de la ley. Entonces el pueblo, desorientado y añorando la tranquilidad pasiva de la esclavitud, le piden a Aarón: *"Fabrícanos un Dios que nos lleve adelante, ya que no sabemos qué ha sido de Moisés, el que nos sacó de Egipto"* (Ex 32,1).

El becerro de oro no es presentado como "otro dios"; tampoco se pretende representar a Yavé con dicha estatua. Se trata solamente de construir la sede, el símbolo de la presencia de Yavé en medio de ellos.

En este caso la idolatría no está en el hecho de querer como materializar a Dios. El problema no está en que Dios sea invisible y el ídolo yavista sea visible; que Dios sea espiritual y el ídolo yavista material. La perversidad del ídolo aquí no está en su intento de materializar a Dios. De hecho, muchas veces Dios se manifiesta a través de mediaciones materiales y visibles.

El problema está en que los israelitas, al aceptar construir el becerro de oro, quieren que Dios les libere del papel que desempeñaba Moisés. Rechazan su liderazgo liberador y quieren que Dios ejerza directamente otro liderazgo de acuerdo a lo que ellos deseaban. En el rechazo de Moisés el pueblo está rechazando realizarse como pueblo en función de un proyecto concreto de liberación y de conquista de una tierra nueva, en la que poder vivir como hermanos.

Al desconfiar de Moisés, están desconfiando de la posibilidad de llevar a la realidad el proyecto de Dios. Se da a la vez una crisis política y una crisis de fe. El pueblo quiere volver atrás y quiere forzar a Dios a que vaya delante de ellos, no hacia la tierra prometida, sino hacia la tierra de Egipto. No quieren un Dios que los saque de la esclavitud, sino un Dios que viva con ellos en la esclavitud. Quieren un dios “consuelo en la opresión”, y no un Dios que “libere de la esclavitud”. En este rechazo del proyecto auténtico de liberación, deseando construir una falsa liberación apoyada en el culto alienante a un dios que sólo consuela, pero no libera, se da ciertamente un pecado contra el poder de Dios.

El Dios revelado en la Biblia está siempre muy por encima de la debilidad y la incapacidad humana; es siempre el Dios que no acepta el miedo y la alienación del pueblo. El Dios que promete la liberación puede realizar esa liberación. Dudarlo es ya negarlo: negarlo a él; eso es idolatría. Rechazar el proyecto de Dios como no viable es un acto de idolatría. No la idolatría referida a los dioses falsos, sino idolatría en el culto mismo al Dios verdadero.

Dios es trascendente, no porque es invisible o espiritual, sino porque actúa más allá de toda posibilidad humana. El Dios trascendente es siempre el Dios de la esperanza contra toda esperanza. El becerro de oro, en cambio, simboliza el pecado de la desesperación y la desconfianza de que no era viable lo que Dios había prometido, y el consiguiente rechazo de este proyecto. El becerro de oro es el símbolo del dios manipulado, hecho a la medida de los hombres sin esperanza.

b. Los becerros de Jeroboán (1 Re 12, 26-33)

En este texto se plantea el mismo problema de fondo. A la muerte de Salomón las tribus del norte se separan de Jerusalén en acto de rebeldía contra la explotación violenta del mismo Salomón y sobre todo de las amenazas aún peores de su hijo Roboán: *“Mi padre los trató duramente, pero yo los trataré peor. Mi padre los azotaba con látigos y yo pondré a las cuerdas ganchitos de hierro”* (1 Re 12,11).

Entonces Israel se independiza del sur, nombrando como rey a Jeroboán. Pero éste, para que su pueblo no volviera más al templo de Jerusalén, por el peligro político que

ello encerraba, construyó dos templos, en Dan y en Siquén, y en ellos puso dos becerros de oro.

“Luego dijo al pueblo: Déjense de ir a Jerusalén para adorar. Aquí está tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto” (1 Re 12,28).

Como en el caso del Exodo, lo que pretenden no es adorar a otros dioses, ni siquiera representar a Yavé, sino que se trata sólo de un símbolo de su presencia. El pecado está de nuevo en su falta de fe en el ser y el poder de Dios. Es un pecado contra la trascendencia de Dios: no piensan que con la ayuda de Dios sí es posible arreglar aquel grave conflicto. Jeroboán busca resolver aquí un problema político, intentando manipular a Dios. Y, como en el Exodo, el símbolo de este dios manipulado es el oro.

En vez de resolver responsablemente los problemas políticos que causa la opresión y consiguiente división del reino, utilizan un recurso religioso ineficaz. En vez de combatir la opresión de Roboán y así mantener la unidad de todo el pueblo, justifican la opresión y la división, manipulando la presencia de Yavé en medio de ellos; así legitiman su actitud pasiva. Al huir del enfrentamiento liberador en contra de la opresión, de hecho caen en la idolatría, para justificar así la sumisión del pueblo ante una situación de injusticia y división. De hecho, están negando su fe en el Dios liberador, y, por consiguiente, lo están ofendiendo. El culto al Dios que los sacó de Egipto exigía al pueblo enfrentarse a la opresión de Roboán. En vez de este enfrentamiento, el pueblo prefiere una transformación idolátrica del culto.

La idolatría transforma el Dios trascendente en un dios cautivo del sistema político, y por consiguiente legitimador de situaciones que el hombre sin esperanza declara imposibles de cambiar.

En los capítulos siguientes del primer libro de los Reyes se puede constatar cómo esta actitud idolátrica llevó al pueblo a su propia destrucción.

Es posible que el texto del Exodo visto en el apartado anterior sea una redacción elohísta y por consiguiente estuviera escrito después de la construcción de los becerros de oro por Jeroboán I. Para inmunizar al pueblo contra estos excesos los redactores elohístas pudieron quizás, a partir de una tradición muy antigua, retrotraer el tema de los “becerros de oro” hasta el escenario mismo del Sinaí, para desde allí lanzar una seria admonición contra Dan y Betel. El Dios que en el Sinaí se decidió por el exterminio de todos los que le quisieron dar un culto idolátrico, hará lo mismo con los israelitas que quieren volver a repetir lo mismo en estos santuarios.

c. La prohibición de toda imagen de Yavé

Las dos experiencias de los becerros de oro quedaron profundamente grabadas en la memoria del Pueblo de Dios y sobre ellas se desarrolló toda una teología liberadora antiidolátrica. Los “ídolos yavistas” fueron drásticamente prohibidos. Y para evitar todo riesgo de idolatría se prohibió posteriormente el uso de todo tipo de imágenes en el culto a Yavé.

Desde la época macabea, en contraste con el mundo helenístico circundante, la prohibición se interpretó cada vez más como prohibición radical de toda representación de cualquier ser viviente.

El enfoque de fondo es dejar bien claro que a Dios no se le puede encerrar en una imagen; ni siquiera en una idea, ni en una institución. Todo cuanto podamos decir, pensar o representar sobre él no pasará de ser un mero balbuceo. Sólo se pueden presentar “aspectos” aproximados, ya que Dios siempre es mayor de lo que podemos pensar. Es el Dios-siempre-más-grande, al que, por una parte, no es posible acabar de conocer, y por otra, cuanto más se avanza en su conocimiento, más sorprendente y estremecedor resulta y más se amplían los horizontes.

La prohibición bíblica de las imágenes exige de los creyentes una elevada capacidad de crítica y purificación de toda imagen que nos hagamos de Dios, ya sea física o intelectual.

Todo el proceso de revelación bíblica es un continuo corregir y ampliar la imagen de Dios. Israel va entendiendo cada vez más a fondo que su Dios no es una condensación de las fuerzas de la naturaleza, sino que es Señor de esas fuerzas y es libre frente a ellas. Se vuelve hacia quien quiere volverse; y lo hace cuando, donde y como quiere hacerlo... A Yavé no se le puede apresar de modo mágico en los estrechos límites de una imagen. Su trascendencia dinámica y su soberanía no tienen límites.

El Deuteronomio recuerda a los israelitas que cuando Dios se reveló a sí mismo *“ustedes oían el rumor de las palabras y no veían figura alguna; sólo oían una voz”* (Dt 4,12). Con ello se quiere acentuar lo que estamos hablando de la trascendencia de Dios y al mismo tiempo su estrecha relación con el hombre, ya que la voz se mete muy hondo en el ser humano.

La imagen no exige nada al hombre. La palabra, en cambio, es comunicación y exigencia. El Dios de la Biblia, percibido esencialmente como exigencia de justicia, deja de ser Dios en el momento en que, objetivado en una representación cualquiera, deja de interpelar.

Dios interpela, exigiendo siempre más; el ídolo pide siempre menos: justifica cualquier tipo de medianía, injusticia o desamor. Por ello la presencia de Dios se manifiesta principalmente a través de la Palabra; en cambio, las actitudes idolátricas se manifiestan especialmente a través de imágenes.

Lo que se pretende, pues, con la prohibición de imágenes de Dios es cortar la tentación continua de querer achicar o manipular a Dios.

Para reflexionar y dialogar

1. Hay personas que hablan mucho de Dios cuando quieren ser elegidos para algún cargo, especialmente político, y hasta llegan a afirmar que van a gobernar en

nombre de Dios. ¿No será eso una grave ofensa y una idolatría contra Dios y su pueblo? ¿Por qué?

2. Yavé prohíbe que el hombre haga y adore cualquier imagen suya. ¿Por qué él quiere que sea así?
3. Antes los templos y capillas estaban llenas de imágenes con el propósito de hacernos recordar a Dios. Hoy generalmente ya no existen tantas imágenes en las iglesias. ¿Por qué? ¿Fue la fe del pueblo la que disminuyó o es que el pueblo se volvió más consciente?
4. Dialoguemos sobre la siguiente frase: “La presencia de Dios se manifiesta principalmente a través de la Palabra; en cambio, las actitudes idolátricas se manifiestan especialmente a través de imágenes”.

3 - El culto a “los otros dioses”

Ya no se trata de una deformación del culto a Yavé, sino del culto a “*los otros dioses*”, “*los dioses extranjeros*”, expresiones corrientes hasta el tiempo de Jeremías.

Este tipo de idolatría tuvo dos etapas históricas. Una primera en la que no se discute si los otros dioses son o no verdaderos: simplemente son “*extranjeros*”; y una segunda en la que ya todos ellos son considerados como falsos.

En la primera etapa se cree que cada dios tiene poder en su propia tierra. Por ello la lucha de Israel contra otros pueblos es también la lucha de Yavé contra otros dioses. De aquí que la idolatría sea considerada como problema religioso y político a la vez.

El mandato de no adorar dioses extranjeros se encuentra con frecuencia en el Pentateuco. Dice, por ejemplo, el Deuteronomio: “*No vayas tras otros dioses; no sirvas a alguno de los dioses de los pueblos que te rodean, porque tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso*” (Dt 6,14).

Los casos más notables de este tipo de idolatría se dan en los reyes de Israel. La idolatría suele ir unida a las ansias de poder y riquezas. La consecuencia es siempre la injusticia contra el pobre.

El Deuteronomio desconfía sistemáticamente de la monarquía, pues ve en ella el doble peligro de idolatría y la opresión consiguiente del pueblo.

En 17,14-20 se prohíbe a los reyes acumular poder militar, acaparar plata y oro y tener muchas mujeres. Esta última censura está dirigida expresamente contra el politeísmo y no contra la poligamia, ya que ésta estaba permitida en la época. Salomón es caso típico de rey idólatra, en el que se da la transgresión de estas tres normas, especialmente la última (1 Re 11,1-13): “*Sus mujeres desviaron su corazón tras dioses extranjeros*”.

En la historia de los reyes de Israel, siempre que la riqueza y el poder se convierten en idolátricas, la consecuencia es la injusticia contra el pobre. Casos típicos son Ajab en Israel y Manasés en Judá.

Respecto al rey Ajab, refiriéndose al asesinato y robo de la tierra de Nabot, se dice expresamente de él que *“su proceder fue muy abominable, ya que seguía a los repugnantes ídolos”* (1 Re 21,26).

En el caso de Manasés se describe la abundancia de sus prácticas idolátricas (2 Re 21,1-11). Fue además *“causa de que también la gente de Judá pecara con sus repugnantes ídolos”*. Crueles injusticias fueron la consecuencia directa de ello: *“Derramó sangre inocente en tal cantidad que llenó a Jerusalén de punta a punta”* (2 Re 21,16).

En estos dos casos, detrás del asesinato se revela ausencia de Yavé y presencia de otros dioses. Estos dioses son criminales. Se da una relación directa entre idolatría y pecado social. El pueblo debía encontrar su fuerza e identidad en la fe en Dios liberador, lo que debía traducirse en relaciones de justicia y fraternidad entre sus miembros. La acumulación de riquezas y poder en manos de los reyes rompe estas relaciones fraternas, con lo que el pueblo es conducido lejos de su Dios, detrás de dioses extranjeros, destruyendo así su identidad.

Para reflexionar y dialogar

1. Yavé condena el culto a los otros dioses porque ello provoca una serie de conflictos de orden personal, familiar, comunitario y social y fomenta intereses contrarios a la vida. ¿Cuáles son hoy, de acuerdo al texto, los intereses de los ricos (= reyes de Israel) y los de los pobres (= pueblo de Dios). ¿Por qué?
2. Muchos terratenientes afirman que fue Dios el que le dio sus tierras. Y al mismo tiempo hay gran cantidad de campesinos sin tierra que claman a Dios para conseguir tierra donde poder vivir dignamente. ¿Por qué existen estas grandes diferencias? ¿Será el mismo Dios el de los ricos y el de los pobres? ¿Por qué?
3. ¿Cuáles son los dioses que actualmente quieren ponerse en el lugar del Dios verdadero? Existen también en nuestra comunidad dioses falsos que promueven desprecios y desunión? ¿Cuáles son y cómo podemos vencerlos?
4. Jesús condena las ganancias de los ricos que quieren acumular cada vez más riquezas (Lc 21,16-21). Comparar el texto de Lucas con el de 1 Re 21,1-29.

4 - “Sólo Yavé es Dios”

Como ya hemos visto, desde siglos atrás se venía insistiendo en que Yavé era el único Dios de Israel y Judá. En ello ya había insistido Elías durante el siglo IX en sus

diatribas contra Ajab y Jezabel. Un siglo más tarde Oseas llega a plantear con claridad por primera vez la exigencia de la adoración exclusiva de Yavé dentro de Israel: *“Yo soy Yavé, tu Dios, desde la tierra de Egipto; no conoces otro Dios fuera de mí, ni hay más Salvador que yo”* (Os 13,4).

En el reino del sur, durante las reformas de Ezequías y sobre todo de Josías, se insistirá cada vez más en la idea de que sólo Yavé es su Dios. En los últimos años de la monarquía tal idea fue brillantemente defendida por Jeremías y Ezequiel; y ellos llevaron esta fe al exilio.

A partir del destierro en Babilonia (siglo VI a. C.), se da un nuevo paso en la revelación: Yavé no es sólo exclusivo, sino único, y todos los otros llamados dioses no son sino inútiles invenciones humanas: todos ellos son falsos.

La afirmación de que no hay otro Dios fuera de Yavé es una de las grandes adquisiciones del exilio. A partir de entonces será más radical aún la lucha contra los ídolos.

Estudiemos algunos de los textos más importantes de esta etapa. Un aspecto que llama la atención es que todos estos textos, a partir de una realidad de opresión, denuncian la idolatría siempre en un ambiente de esperanza y liberación.

a. Jeremías y el segundo Isaías

En Jeremías se da una importante profundización de la imagen de Dios. El profeta entiende a Yavé como creador del mundo: *“Yo hice, con mi gran poder y con la fuerza de mi brazo, la tierra, el hombre y los animales que existen sobre ella, y los doy a quien se me antoje”* (Jer 27,5). Elevado a la categoría de Creador y Señor del universo, Yavé es ya casi el Dios universal del monoteísmo.

El texto del capítulo 10, 1-16, que es el único que tiene Jeremías sobre idolatría, está escrito un poco antes del destierro, en un periodo sumamente turbulento y difícil, lleno de injusticias.

El segundo Isaías tiene sus oráculos en pleno destierro de Babilonia. En ellos el tema de la idolatría es central y abundante. Yavé es reconocido como el Dios absolutamente único, junto al cual no hay otros dioses.

Estos textos son fuertemente polémicos. Dan argumentos sencillos y directos, destinados a los judíos desterrados con el fin de que puedan enfrentarse con una Babilonia cruelmente opresora y profusamente idolátrica.

En Jeremías 10,1-16 e Isaías 44,9-20, que se inspira en el de Jeremías, se ataca a los ídolos ridiculizando su proceso de producción humana, pues de la misma materia con la que fabrican cualquier objeto despreciable ellos construyen lo que llaman un dios y se postran ante él pidiéndole ayuda:

“Todos los que se dedican a tallar estatuas de dioses no son nada y sus obras preferidas no sirven para nada. Sus partidarios no ven ni entienden nada. Por eso, se

quedarán todos avergonzados... No saben ni entienden. Sus ojos están tapados y no ven; su inteligencia no se da a la razón. No reflexionan ni son capaces de pensar o entender y decirse: He echado la mitad al fuego, he puesto a cocer el pan sobre las brasas, he asado la carne que me comí, y ¿con lo que sobra voy a hacer esta tontería? ¡Y me voy a agachar ante un trozo de madera! Ese es un hombre que se alimenta de cenizas; tiene su corazón engañado y se perderá. No será capaz de salvar su vida ni de preguntarse: Esto que tengo en mis manos, ¿no serán puras mentiras?” (Is 44,9.18-20).

Esta claridad mental, que les lleva a burlarse tan irónicamente de los adoradores de los ídolos, tiene especial fuerza si nos damos cuenta que todo ello está dirigido precisamente contra los ídolos que sustentan el poder terrible del pueblo más poderoso del momento: Babilonia. No se están burlando de un pobrecito ignorante, sino de “*lo fuerte y sabio*” de su tiempo... Para el pueblo creyente aquellos ídolos aparentemente tan poderosos no son sino “*un espantapájaros en medio de un sembrado de sandías*”. Por eso su conclusión es clara: “*No le tengan miedo, que no pueden hacer ni el mal ni el bien*” (Jer 10,5).

Estos profetas no niegan el poder de los ídolos; lo que niegan tajantemente es el origen divino de su poder. Con su análisis sobre el origen de los ídolos insisten en que el poder presente en ellos es un producto humano creado para satisfacer necesidades egoístas. Ciertamente el hombre que se fabrica ídolos tiene más poder, pero ese poder no tiene nada de divino. No es poder para mejorar según Dios. El poder del ídolo no es una ficción o un engaño; es real, pero su origen es el mismo poder del hombre.

El segundo Isaías quiere demostrar expresamente que el poder de los ídolos de Babilonia es el poder político, militar y cultural de los mismos babilonios, y no el poder de los dioses que ellos adoraban. Los ídolos de Babilonia tenían poder precisamente porque los babilonios tenían todo el poder en sus manos. El hecho de estar sometidos a su poder opresor no debía significar para los israelitas el reconocer y adorar los espíritus o dioses producidos por este mismo poder.

Para los israelitas la idolatría hubiese consistido en reconocer que el poder de Babilonia era de origen divino, y, por consiguiente, poder bueno y salvador. Idólatra hubiera sido buscar la solución a los problemas de su cautiverio sometiéndose política y religiosamente al poder de Babilonia.

Ejemplo típico de este tipo de idolatría fue el de Godolías, a quien Nabucodonosor, rey de Babilonia, había colocado como gobernador en Jerusalén. El aconsejaba a los judíos: “*No teman estar al servicio de los caldeos... Sirvan al rey de Babilonia y les irá bien*” (2 Re 25,24). Aquí aparece la esencia misma de la idolatría: la liberación y el bienestar se creen encontrar en el sometimiento al poder opresor. De hecho, el temor al poder opresor de Babilonia empujaba a los israelitas a la idolatría como falsa postura para resolver sus problemas.

En cambio, el consejo de Jeremías, en el mismo contexto histórico anterior, es totalmente distinto: “*No teman al rey de Babilonia, que tanto susto les causa; no lo*

teman, dice Yavé, pues estoy con ustedes para salvarlos y para liberarlos de sus manos” (Jer 42,11).

Godolías aconsejaba no temer someterse al rey; Jeremías dice que no teman al rey mismo, ya que su confianza se apoya en la presencia liberadora de Yavé. Es que la fe en el Dios liberador es siempre sub-versiva frente al poder opresor, y esta sub-versión es siempre anti-idolátrica. Idolatría y poder liberador de Dios son dos polos opuestos. Por ello la fe en Yavé durante el cautiverio no podía expresarse sino en el enfrentamiento radical con los ídolos de Babilonia.

El contubernio entre idolatría y opresión llevó a los judíos a descubrir que sólo Yavé era capaz de liberar, fe que se expresó en fórmulas como las siguientes:

*“Yo soy el primero y el último;
no hay otro dios fuera de mí” (Is 44,6).*

“Dios justo y Salvador no hay fuera de mí” (Is 45,21).

En Isaías 46, 1-7 encontramos una descripción del contraste existente entre Dios y los ídolos. La idea central es que los ídólatras deben “cargar” a sus ídolos, mientras que el pueblo creyente es cargado, llevado, liberado por Yavé. Nótese los verbos que denotan las acciones de cada uno:

*“¡Bel **se desploma** y Nebo **se derrumba!** (dos dioses babilónicos).*

*Sus ídolos **son puestos** sobre bestias de carga, **llevados** como fardos sobre animales cansados. Pero comenzaron a **bambolearse** y **se vinieron abajo**, fueron **incapaces** de salvar a los que los transportaban y de librarse ellos mismos del cautiverio”(Is 46,1-2).*

Yavé, en cambio, actúa de forma muy distinta:

*“**Escúchenme** , gente de Jacob, todos los que sobreviven de la familia de Israel, ustedes a quienes **he llevado** en mis brazos desde su nacimiento y de quienes **me he preocupado** desde el seno materno. Hasta su vejez, **yo seré** el mismo, y **los apoyaré** hasta que sus cabellos se pongan blancos. Así como lo **he hecho** y como **me he portado** con ustedes, así los **apoyaré** y los **libertaré**” (Is 46,3-4).*

Por influencia del segundo Isaías, la creencia monoteísta pasó al Deuteronomio. Cuando este escrito recibió su forma definitiva, se introdujeron en él expresiones como ésta: “Yavé es Dios y no hay otro fuera de él” (Dt 4,35).

Esta operación se llevó a cabo con la conciencia de que era definitiva; en adelante no había que *“añadir ni quitar nada”* (Dan 13,1). Se había llegado al final de un desarrollo comenzado unos trescientos años atrás. El judaísmo poseía ya su confesión de fe monoteísta, que conservaría inalterada a lo largo de la historia y que transmitiría al Cristianismo y al Islam.

b. La carta de Jeremías (Baruc 6)

Tomando pie de las cartas de Jeremías a los desterrados (Jer 29), un autor anónimo compuso esta sátira tan burlesca contra la idolatría . Contiene una profundización teológica de lo que acabamos de ver en Jeremías y en el segundo Isaías. El autor incita a la resistencia contra la dominación. Para ello es necesario destruir el “terror religioso” del “mundo sobrenatural” creado por los dominadores:

“Ustedes verán en Babilonia dioses de oro, de plata, de piedra y de madera, llevados a hombros, que causan un temor respetuoso a las gentes. Guárdense, pues, de imitar lo que hacen los extranjeros de modo que vengan a temerlos” (Bar 6,3-4).

El opresor busca siempre convencer al oprimido de que él lo puede ayudar y salvar. En función de ello necesita crear ídolos para dar fundamento a esa esperanza. El texto bíblico destruye ese fundamento y esa esperanza, despreciándolos como incapaces de hacer nada de provecho:

“No pueden librar a un hombre de la muerte, ni amparar al débil contra el poderoso. No restituyen la vista a ningún ciego, ni sacarán de la miseria a nadie. No se compadecerán de la viuda, ni serán bienhechores de los huérfanos. Son semejantes a las piedras del monte esos dioses...” (Bar 6,35-38).

“No debe pensarse ni decirse que sean dioses, ya que no pueden ni hacer justicia, ni proporcionar bien alguno a los hombres” (Bar 6,63).

En toda la carta, después de cada ridiculización de los ídolos, se va repitiendo un estribillo, que es justamente la lección que pretende recalcar: *“Por todo lo cual pueden ver que no son dioses, y por eso ustedes no tienen que temerlos...”* (Bar 6,14.22.28.68).

La conclusión final es que *“más vale el hombre justo que no tiene ídolos”* (Bar 6,72).

c. Daniel 14

Este capítulo de Daniel traduce en dos historias sencillas populares las enseñanzas de los profetas anteriores. Daniel demuestra con hechos concretos que los ídolos no tienen vida propia.

En la primera narración, ante la insistencia del rey de que el ídolo Bel come todos los manjares que le dejan en su templo cada tarde, él muestra al rey las pisadas de los sacerdotes y sus familiares, después de haber arrojado ceniza al suelo el día anterior: *“Ese ídolo no ha comido jamás”* (14,7).

En la segunda demostración Daniel logra matar a un dragón, al que todos temían como dios.

El pueblo se enoja porque Daniel había destrozado sus ídolos, y Dios le salva milagrosamente la vida.

Ante esta problemática, Daniel hace una confesión de fe en términos típicamente antiidolátricos: *“Yo no venero a ídolos hechos por mano del hombre, sino sólo al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y que tiene poder sobre todo viviente”* (14,5).

d. I Macabeos

En el primer libro de los Macabeos aparece claramente la relación entre opresión e idolatría y, como contrapartida, la de liberación y fe en Yavé. Justamente la lucha de liberación contra Antíoco IV Epífanes es una lucha inspirada por la fe en Yavé. El rey quería someter al pueblo judío en nombre de una religión violentamente idolátrica.

La idolatría aparece como una profundización y legitimación de la dominación política. Y en aquel contexto el pueblo oprimido confesó su fe en Yavé como Dios único: entregó su vida por defenderla y luchó contra aquel sistema político-religioso destructor. *“Debemos luchar contra los paganos para defender nuestras vidas y nuestras costumbres...”* (1 Mac 2,40). Durante treinta años el pueblo luchó contra la dominación idolátrica y así afianzó su fe en Dios liberador.

El libro de la Sabiduría, sobre todo en el capítulo 14, da un paso más en la condena de los ídolos. Lo desarrollaremos en el capítulo del poder opresor.

Hemos visto cómo los diversos pasos hacia el monoteísmo se fueron dando en momentos de crisis socio política. A finales de los reinos del norte y del sur se acentúa el movimiento en pro de la exclusividad de Yavé; solamente de él, que es quien vela por el bienestar de la nación, se puede esperar ayuda. Y cuando Judá es aplastada por el poder babilónico, surge la idea de un Dios único que domina todo el mundo. El monoteísmo, pues, es la reacción ante una situación política en la que no se puede esperar ya nada de la diplomacia ni de la ayuda militar exterior. Existe sólo un salvador: el Dios único.

La teología de la exclusividad y unicidad de Yavé es una teología de la esperanza que se apoya sólo en Yavé. De él se espera todo. Lo acentúan tanto Oseas como el Déutero-Isaías: no existe otro Dios, fuera de Yavé, que pueda salvar (Os 13,4; Is 45,21). Se podría decir que la esperanza es más antigua y originaria que la dogmática monoteísta.

Para reflexionar y dialogar

1. Nuestro pueblo vive situaciones difíciles y angustiantes: salarios de hambre, vivienda y salud en precarias condiciones, corrupción, mentira organizada, falta de autoridad y de moral, mala distribución de las riquezas y de la tierra... Delante de este cuadro, ¿qué podemos hacer y cómo para cambiar esta situación de muerte por una situación a favor de la vida?
2. Existen grupos y sectas religiosas que son financiadas por grupos y organismos internacionales (empresas, gobiernos, terratenientes, militares...). Ellos quieren justificar por medio de la fe la situación de injusticia existente. Para esa gente la fe consiste sólo en rezar, cantar y leer la Biblia... Así convierten a la fe en un instrumento de opresión y manipulación. Y se ponen directamente en contra de todo movimiento u organización popular que luche por condiciones de vida más justas y equitativas.

¿Es correcta su posición? ¿Qué buscan los que pagan a estos grupos? ¿Tendrán ellos algo que ver con las muertes de los que defienden la vida y los derechos humanos?

3. ¿Qué papel debe desempeñar un profeta en medio de su pueblo? ¿Para qué llama Dios a los profetas? ¿Cuáles son hoy los verdaderos profetas?
4. ¿Qué sucede cuando el pueblo no se organiza y no lucha por sus derechos? ¿Es posible que el pueblo se libere rezando solamente, sin prestar atención a la realidad que vive?

5 - Divinización de los bienes materiales

Una vez que hemos recorrido brevemente los diversos pasos históricos en la clarificación de la idolatría en general, nos parece oportuno detenernos un poco a reflexionar sobre un par de temas concretos, que también se fueron clarificando poco a poco, y seguirían clarificándose aún más en el Nuevo Testamento. Nos referimos a la divinización de los bienes materiales, que veremos en este capítulo, y a la divinización del poder, que desarrollaremos en el siguiente.

Los profetas, profundos conocedores de Dios y de la realidad de su tiempo, sienten desde el comienzo cómo el acaparamiento de los dones de Dios es una ofensa al mismo Dios. Y van descubriendo que así la riqueza se convierte en un ídolo.

Ya **Elías**, en el siglo IX, echa en cara al rey Ajab el acaparamiento criminal que hace de la tierra del campesino Nabot (1 Re 21). En ello ve una ofensa a Dios, efectuada precisamente bajo la presión de Jezabel, adoradora del dios Baal. Para ella, según su dios, el rey tenía todo el derecho a quedarse con las tierras que quisiera, ya que pensaba que el rey era el hijo predilecto de Baal, a quien él había entregado el derecho de poseer toda la tierra del país. Por eso Nabot es asesinado en una asamblea sagrada de tipo idólatrico (21,9-10).

Pero Elías, gran luchador contra los ídolos, desenmascara la acción: No se trata de ningún acto sagrado, sino de un robo y un asesinato. Con ello no se ha dado ningún culto a Dios, sino que se le ha ofendido gravemente; y Dios, como protector de los oprimidos, ha de vengar duramente la sangre derramada.

Un siglo más tarde, durante el reinado de Jeroboán II, el profeta **Amós** predica a la puerta del santuario de Siquén, en contra del lujo acaparador de la capital, Samaría.

Israel vivía una época de gran progreso y esplendor, en buenas relaciones con el imperio asirio. Pero aquel progreso se estaba construyendo a base del desprecio y la explotación del pueblo.

Amós mira aquella realidad con ojos de Dios, y se siente llamado a denunciarla como ofensiva al mismo Dios. Según Amós la abundancia y el lujo son la única meta de aquella clase dominante. El es un campesino que cree en Yavé y sabe que aquellas

“casas de piedra tallada” (5,11), tanto “de invierno como de verano”, con recubrimientos de marfil (3,15), y divanes con cojines importados (3,12; 6,4), con mesas espléndidas llenas de excelentes vinos y exquisitos perfumes (4,1; 6,6), todo aquello no agrada a Dios, sino que le ofende profundamente. Aquella alta sociedad vive así sin preocuparse lo más mínimo de la situación del pobre: “No se afligen por el desastre de mi pueblo” (6,6). Y aunque no quieran reconocerlo, ellos son la causa de la miseria del pueblo: “Ustedes sólo piensan en robarle al kilo o en cobrar de más...; juegan con la vida del pobre y del miserable por un poco de dinero o por un par de sandalias...” (8,5s).

Son muy duras las acusaciones del profeta contra aquella sociedad, que se sentía tan segura de sí misma. Amós les dice que Dios no está contento con ellos y por ello detesta el culto ostentoso que le rinden: es el culto que dan a los ídolos, culto que busca justificar la injusticia. *“Yo odio y aborrezco sus fiestas y no me agradan sus reuniones. No me gustan sus ofrendas..., ni me llaman la atención sus sacrificios. Váyanse lejos con el barullo de sus cantos” (5,21-23).*

Amós especifica la condición básica para que el culto le agrade a Dios: *“Quiero que la justicia sea tan corriente como el agua y que la honradez crezca como un torrente inagotable” (5,24).* Es justamente todo lo contrario a las consecuencias del culto idolátrico.

Aquel culto que tan orgullosamente decían dar a Yavé en sus santuarios era pecaminoso. Lo dice el profeta expresamente: *“Vayan al santuario de Betel para pecar; vayan al de Guilgal y pequen más todavía” (4,4).* Pecaban porque a quien buscaban no era a Yavé, sino a un dios inventado que les apoyara en sus desmanes.

Yavé, como siempre, les incita a una verdadera conversión: *“Búsquenme a mí y vivirán, pero no me busquen en Betel, ni vayan a Guilgal...” (5,4-5).* Pero todo fue en vano...

El **primer Isaías**, un poco después que Amós, en el reino del sur, describe en algunos de sus textos la corrupción del culto al dinero. Habla de una época de riqueza y poderío (2,7s), pero acompañada de una situación trágica de pecado. En aquella sociedad materializada no había lugar para Dios, y por ello se inventan imágenes falsas de él para justificar su modo de proceder.

El culto al dinero corrompe: *“Tus jefes son unos rebeldes, amigos de ladrones. Todos esperan recompensa y van detrás de los regalos. No hacen justicia al huérfano, ni atienden la causa de la viuda” (1,23).*

Además, el culto al dinero implica siempre unas víctimas: el derecho, la justicia, las clases más débiles de la sociedad: *“Llaman bien al mal y mal al bien...; cambian las tinieblas en luz y la luz en tinieblas...; dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo...; perdonan al culpable por dinero y privan al justo de sus derechos...” (5,20.22).*

Sus acusaciones contra el acaparamiento son tajantes: *“¡Ay de aquellos que, teniendo una casa, compraron el barrio poco a poco! ¡Ay de aquellos que juntan campo*

a campo! ¿Así es que ustedes se van a apropiarse de todo y no dejarán nada a los demás?” (5,8).

Miqueas, contemporáneo del primer Isaías, ve en el culto a los bienes de este mundo la causa más importante de la ruina de Judá. El afán de enriquecimiento egoísta convierte a Jerusalén en ciudad pagana, enemiga de Dios, merecedora de castigo. Todas las personas importantes de Jerusalén danzan al ritmo del dinero: *“Sus jueces se dejan comprar para dar una sentencia; sus sacerdotes cobran por una decisión; sus profetas sólo vaticinan si se les paga, y todos dicen que son amigos de Yavé...” (3,11).*

Para Miqueas el acaparamiento de tierras y casas (2, 1-5) supone una actitud idolátrica, ofensiva a Dios, merecedora de castigo.

Jeremías, al final del reino del sur, da un nuevo dato: El culto a los bienes de este mundo no se da sólo entre los poderosos y ricos: amenaza también a los pobres. Todo el pueblo está corrompido por el afán de enriquecerse (cpts. 5 y 6). Denuncia además no sólo la acumulación de bienes materiales, sino especialmente la confianza que se deposita en ellos.

Ezequiel da dos nuevas aportaciones en el proceso de revelación, anticipando lo que dirá Jesús más tarde: considera la avaricia como un ídolo; y afirma que el deseo de enriquecerse es uno de los principales obstáculos para poner en práctica la Palabra de Dios.

Según los profetas los bienes materiales en sí son buenos. Dios quiere la prosperidad para todos sus hijos. Lo malo es la actitud egoísta que se puede tomar ante ellos, y peor aún si esa actitud se quiere justificar apoyándose en Dios.

La actitud fundamental que lleva a divinizar a los bienes de este mundo es la codicia, el deseo de acaparamiento, que se manifiesta en injusticias directas, o no poniendo al servicio de los demás lo que se es y se tiene, o sencillamente viviendo sólo agobiado por la supervivencia. Es idolatría poner en las riquezas una confianza absoluta, como si de ellas dependiera toda la felicidad de la vida.

Para reflexionar y dialogar

1. Elías y Amós fueron hombres conscientes de la situación escandalosa en que vivía su pueblo y supieron ser la voz de Dios donde y cuando imperaba la injusticia en contra de los pobres. ¿Cómo sería su reacción y su actitud hoy, según nuestra realidad actual? ¿Por qué?
2. ¿Ha tomado conciencia nuestra comunidad acerca de la realidad actual y ha tomado una postura de denuncia y de exigencia respecto a los derechos de cada ser humano? ¿Cómo?
3. Comenten, a la luz de nuestra realidad actual, el siguiente texto bíblico: *“¡Ay de aquellos que, teniendo una casa, compraron el barrio poco a poco! ¡Ay de aquellos*

que juntan campo a campo! ¿Así es que ustedes se van a apropiarse de todo y no dejarán nada a los demás?” (Is 5,8).

6 - Divinización del poder

El poder, según la Biblia, también puede ser un ídolo. Se trata del poder considerado como un valor absoluto, ante el que se depositan todas las esperanzas, ya sea el poder de las grandes potencias o simplemente el poder nacional, regional o aun el local y familiar.

Todo poder opresor tiende hacia la idolatría, es decir, tiende a identificarse con un sujeto abstracto, trascendente y universal, que él mismo fabrica. El opresor se desdobra y se identifica con ese sujeto trascendente, en nombre del cual puede reprimir y aun asesinar con toda legitimidad y buena conciencia, incluso con la conciencia de estar agradando a su dios.

Veamos algunos de los pasos dados por el Antiguo Testamento para esclarecer este tipo de idolatría.

a. Los profetas preexílicos

En los profetas anteriores al destierro de Babilonia se da una fuerte corriente en contra de las alianzas con las grandes potencias de aquel momento. No porque las alianzas en sí fueran siempre perniciosas; sino porque intentaban ocupar el puesto de Dios. Rechazan con energía que se deposite el afecto y la confianza en una realidad distinta al Señor, atribuyendo a los imperios unas cualidades que sólo a Dios competen.

Denuncian que la actitud de muchos israelitas es idolátrica porque atribuyen a Asiria, Egipto o Babilonia cualidades exclusivas de Dios: la capacidad de salvar...

Además, estos “dioses” exigen víctimas: el daño de los intereses del pueblo bajo capa de un futuro mejor y más seguro. Los ejemplos de los reinados de Ajaz o Menajén demuestran cómo la seguridad de un régimen se puede comprar al precio de la inseguridad del pueblo. Veamos brevemente algunas citas bíblicas.

Aclara el profeta **Oseas**, cuando Israel pone todas sus esperanzas en la ayuda militar de Asiria: *“Han mandado mensajeros al gran rey; pero éste no podrá sanarlos ni curarles sus llagas...”* (5,13). Más adelante se queja de las consecuencias de esta actitud idolátrica. Les dice que son como *“tortilla que se ha quemado por un solo lado”*, y está a punto de quemarse por completo. Y les añade: *“Los extranjeros consumen sus energías sin que se den cuenta; su cabeza está sembrada de canas y no lo notan”* (7,8s).

Por ello les trata de *“paloma tonta y sin juicio, pues o bien llaman a Egipto, o bien parten a Asiria...”* (7,11). Y subraya la inutilidad a la que les llevaron estas esperanzas: *“Israel ha sido devorado; es ya entre las naciones un cacharro inútil...”* (8,8). *“Se llena de*

viento, corre tras el viento..., multiplicando sin cesar la mentira y la violencia...” (12,2). “Asiria no nos salvará...” (14,4).

El primer **Isaías** denuncia también la divinización de las grandes potencias. Veamos un solo ejemplo: *“Pobres de aquellos que bajan a Egipto, por si acaso consiguen ayuda. Pues confían en la caballería, en los carros de guerra, que son numerosos, y en los jinetes porque son valientes” (31,1).* Y aclara: *“El egipcio es un hombre y no un dios, y sus caballos son carne y no espíritu. En cuanto Yavé extienda su mano, vacilará el protector, y caerá quien buscaba protección: juntos perecerán” (31,3).* Como se ve, en este caso el pecado de idolatría es apoyarse totalmente en los grandes imperios y depositar en ellos toda la confianza.

Jeremías también hace reflexionar a sus contemporáneos sobre la inutilidad de esperar la salvación fuera de su identidad como pueblo: *“¿Por qué llamas a Egipto? ¿Acaso te salvarán las aguas del Nilo? ¿Y para qué llamas a Asur? ¿Apagarán la sed las aguas del río?... Como te engañó Asur, también te engañará Egipto. También de ahí saldrás con las manos en la cabeza, porque Yavé ha rechazado a aquellos en quienes confías, y no te irá bien con ellos” (2.18.36s).*

Jeremías habla de buscar agua para saciar la sed. La imagen nos sitúa en el contexto del versículo 13, donde Dios aparece como *“manantial de aguas vivas”*. El pueblo abandona este manantial permanente, para emprender una tarea dura y difícil, *“cavar pozos agrietados”*: se trata del culto a los ídolos locales. Lo mismo ocurre en el versículo 18: abandona su propia vertiente para ir a buscar lejos aguas desconocidas: las grandes potencias. Se da una clara relación entre el culto a Baal (v. 13) y el culto a los imperios (v. 18).

El poder de las autoridades locales es atacado también en la Biblia cuando se usa como instrumento para abusar de los pobres. El rey debe estar al servicio de todos, especialmente de los más débiles (Sal 72). Por ello se critica duramente a toda autoridad que se sirve de su cargo para abusar de los pobres y así enriquecerse. En esta línea son innumerables las citas bíblicas, pero no es éste el momento de especificarlas.

b. El libro de la Sabiduría

Este es el último libro del Antiguo Testamento y su más importante tratado de teología política. En él se clarifica más aún la relación entre idolatría y poder opresor. Si ya Jeremías había dicho que conocer a Dios es practicar la justicia (Jer 22,15-16), ahora, dando un paso más, Sabiduría comienza diciendo que el que conoce a Dios ama la justicia: *“Amen la justicia, ustedes que gobiernan la tierra, conozcan al Señor según la verdad y búsqúenlo con sencillez de corazón” (Sab 1,1).*

Todo el libro, que es una reflexión sobre Dios y la justicia, en confrontación con una práctica de injusticia y opresión, contiene un mensaje antiidolátrico, de vida y de liberación: *“Dios no hizo la muerte, ni se alegra de la perdición de los mortales” (1,13). “Dios creó al hombre para que no pereciera, y lo hizo inmortal, igual como es él” (2,23).*

Partiendo de estos principios es lógica la relación posterior que se establece entre gobernantes e idolatría. *“Por orden de los gobernantes, las imágenes esculpidas reciben culto...”* Se refiere a las imágenes de los mismos gobernantes. *“Así esta imagen llegó a ser un lazo para el mundo; porque los hombres, víctimas de su desdicha, o del poder de sus gobernantes, dieron a la piedra y a la madera el Nombre incomunicable”* (14,17.21).

Sabiduría está así descubriendo la trampa por la que algunos gobernantes ponen el nombre de Dios a sus instrumentos de opresión. Por eso es que afirma que *“la invención de los ídolos fue el origen del libertinaje; cuando aparecieron, se corrompió la vida. Porque al principio no existían, ni existirán siempre. La vanidad humana los introdujo en el mundo, y por eso Dios ha dispuesto que no durarían”* (14,12-14). *“El culto de los ídolos infames es el principio, la causa y el fin de todo mal”* (14,27). Y da un paso aún más claro: *“Pronto no les bastó errar en el conocimiento de Dios; sufriendo muchos males por causa de su ignorancia, han llegado a dar a esos males el nombre de paz”*(14,22). Todo esto tiene un trasfondo político, de tremenda actualidad.

El yugo del poder engendra la idolatría y ésta corrompe la vida. La idolatría es una trampa, que impide, tanto al opresor como al oprimido, tomar conciencia de la opresión y es simultáneamente un obstáculo para el conocimiento de Dios.

El que cae en la trampa de la idolatría, bajo el yugo del poder, pervierte su conciencia, invirtiendo los valores de la justicia, la verdad y la paz y, consiguientemente, equivocándose en el conocimiento de Dios.

La fe del pueblo, como experiencia de Dios en su proceso de liberación, entiende la relación existente entre el crimen contra la verdad-justicia y el pensamiento errado sobre Dios. El misterio de iniquidad puede hasta llegar a torturar y asesinar en nombre de la “paz”. Pero la conciencia antiidolátrica, nacida de la fe en el Dios de la Biblia, al entender todo esto, entiende también la debilidad y el fracaso final de los que oprimen al pueblo. *“El castigo les llegará por este doble crimen: por idólatras, ya que se han hecho de Dios una idea falsa; y por mentirosos, porque han jurado contra la verdad, despreciando todo lo que es santo”* (14,30). El pueblo creyente sabe que detrás de la miseria, la explotación y el engaño no está Dios...

La conclusión de estos capítulos de la Sabiduría es tajante y dura: *“Los más insensatos... fueron los enemigos de tu pueblo que lo oprimieron, ya que consideraron como dioses a todos los ídolos de los gentiles, cuyos ojos no les sirven para nada, ni sus narices para aspirar el aire, ni sus oídos para oír, ni los dedos de sus manos para tocar, ni sus pies para andar. Porque los hizo un hombre, los formó un ser con vida prestada. Y un hombre no es capaz de moldear a un dios que le sea semejante. Como mortal, sus manos impías producen una obra muerta. El hombre vale más que los objetos que adora; él, al menos, recibió vida , y ellos nunca”* (15,14-17).

Volveremos a completar los dos temas del dinero y del poder en la parte dedicada al Nuevo Testamento.

Para reflexionar y dialogar

1. El documento de Puebla afirma: “Las diversas formas del poder en la sociedad pertenecen fundamentalmente al orden de la creación. Por tanto, llevan en sí la bondad esencial del servicio que deben prestar a la comunidad humana” (498).

¿Cómo nuestra comunidad entiende y se porta ante el poder? ¿Se orienta nuestra práctica en el sentido en que habla Puebla?

2. Los obispos dicen que “es urgente liberar a nuestros pueblos del ídolo del poder absoluto para lograr una convivencia social en justicia y libertad”.

Siendo parte formadora del pueblo de Dios, ¿cómo se comporta nuestra comunidad ante el poder que esclaviza y oprime al pueblo?

3. La historia de Latinoamérica muestra que el poder sirvió siempre como elemento de fuerza, de persecución, de violencia y muerte en contra de las personas y los grupos que actuaban en defensa de la justicia y la verdad. ¿Cómo está viendo nuestra comunidad el uso del poder que realizan actualmente nuestras autoridades?

4. Si el poder “pertenece fundamentalmente al orden de la creación” y debe estar al “servicio de la vida humana” (ver Puebla 498), ¿por que, entonces, es mal empleado por algunas personas? ¿Cómo debería ser ejercido el poder por los que sirven al pueblo de Dios?

B - LA IDOLATRIA SEGUN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento se sigue hablando sobre los mismos temas de idolatría que en el Antiguo, pero, como es lógico, de un modo más profundo y concreto.

1 - Jesús desenmascara las falsas divinidades

Todos sabemos que con Jesús llega a su término el proceso de revelación bíblica. Dios había ido poco a poco manifestándose a sí mismo, hasta llegar a la cumbre, que es Jesús. Y para revelarse Dios a sí mismo había tenido que ir desenmascarando las falsas divinidades. Por ello es lógico que Jesús, revelación plena del amor del Padre, completa este proceso.

No es el fin de este folleto presentar el lado positivo de cómo Jesús es la revelación plena de Dios. Ello, por ejemplo, lo he desarrollado en mi libro “El Dios de Jesús”. A él me remito.

Ciertamente Jesús no se limitó a predicar al Dios verdadero, sino que, como complemento, combatió y desenmascaró toda imagen falsa de Dios. Su conocimiento y su amor al Padre era tan perfecto, que no podía permanecer impasible ante las caricaturas que se hacían de él. Además, una de las formas de dar a conocer a Dios es también a través del contraste con las falsas divinidades. Conocer a Dios y reconocer los falsos rostros de Dios son como las dos caras de la misma moneda.

Si entre Jesús y los fariseos se hubiese organizado un panel de discusión ideológica sobre Dios, quizás no se hubieran encontrado diferencias básicas entre ellos. La oposición entre Jesús y los representantes de la religión oficial de entonces no se dio en el plano doctrinal. En la teoría estaban bastante de acuerdo.

Los adversarios de Jesús, escribas, fariseos y saduceos, nunca se habían imaginado que Dios no fuera bueno, que no fuera misericordioso, que no fuera libre. Pero si se abandona la teoría sobre Dios y se pasa a concretar el comportamiento de Dios hacia los hombres, entonces la oposición entre Jesús y los fariseos es evidente.

En el combate de Jesús, se trata de Dios, no de una teoría sobre Dios: cómo se vive a Dios, y no cómo se habla sobre Dios. Por ello la base para interpretar a Jesús es ante todo su acción. Jesús nunca dio una definición de Dios, sino que su vida toda es la manifestación plena del rostro de Dios. Viendo a Jesús, se ve a Dios (Jn 14,19).

El debate entre Jesús y sus opositores recae sobre la forma cómo actúa Dios en los asuntos humanos. Es en los problemas concretos de la vida en los que se da oposición entre Jesús y los fariseos.

Para Jesús la vivencia de Dios era diametralmente opuesta a la de ellos. Su corazón, lleno de Dios, no podía aceptar la predicación de que tantos pordioseros y enfermos como pululaban por Judea fueran consecuencia de un castigo divino. El sentía dentro el amor de Dios hacia ellos, y por eso se vuelca sobre los pobres, conversa cariñosamente con ellos, los toca, los cura y aun comparte su comida.

Los fariseos maldecían al pobre como acto de piedad, ya que así pensaban imitar la acción castigadora de Dios; Jesús los bendice, ya que así secunda la acción misericordiosa de Dios. Los fariseos prohibían curar en sábado: así honraban el día del Señor; Jesús cura preferentemente en sábado, justo porque en el día del Señor se tienen que atender especialmente a sus preferidos. Ellos, en nombre de su dios, desprecian a lisiados, pobres, niños y mujeres; Jesús, en nombre de su Dios, los bendice y los atiende con especial cariño. Es que en realidad los dos están hablando de un Dios distinto, aunque los dos le den el mismo nombre.

Según Jesús, el conocimiento de Dios no puede comprenderse fuera del efecto liberador que produce. El combatió la "ideología" que organizaba y justificaba la dominación saducea y farisea. Combatió contra ella, no porque juzgase erróneos los principios doctrinales de los fariseos, sino porque consideraba intolerables los efectos destructores de su religión. En este sentido el dios de la religión oficial de la sinagoga no era el Dios de Jesús. Si el Dios proclamado y venerado no libera, sino que oprime, ese

dios no es el Dios de la Biblia. A Dios se le honra en donde se libera a los hombres de cualquier pecado. El pecado contra el Espíritu (Mc 3,9) consiste precisamente en confundir el acto liberador de Dios con el acto esclavizante de Satanás.

A Jesús le apasiona el combate por la libertad de Dios. No le gustan las discusiones doctrinales. La doctrina abstracta sobre Dios puede servir de excusa para oprimir. Eso es lo que Jesús reprocha a escribas y fariseos: quieren encadenar a Dios a sus propios intereses personales y lo usan como excusa para oprimir y despreciar a los demás.

Jesús se distinguió irremediabilmente de los maestros en religión de entonces porque implicaba a Dios en la sociedad y en la misma religión de una manera distinta. Y pagó con su sangre esta opción que había hecho por un Dios liberador.

Según Jesús los derechos de Dios no pueden estar en contradicción con los derechos de los hombres. Cualquier supuesta manifestación de la voluntad de Dios que vaya en contra de la dignidad de los hombres es la negación automática de la más profunda realidad de Dios.

El Dios de Jesús es un Dios único, que excluye a todos los otros modos de concebir a Dios. El presenta a su Padre como Dios de la vida, alternativa excluyente de las divinidades de la muerte. Hay que elegir: o con el Dios de Jesús o contra el Dios de Jesús. O el Reino de este Dios o la teocracia judía y la “paz” romana.

Los fariseos y sus seguidores sintonizaron con acierto que el Dios de Jesús no era el mismo dios que ellos proclamaban. Las palabras y las acciones de Jesús eran verdaderas “blasfemias” contra su dios.

Ellos eligieron matar a Jesús en nombre de su dios e invocando a su dios. Los romanos lo ajusticiaron en nombre de los dioses del imperio que garantizaban “su paz”. Según la lógica de judíos y romanos el Dios de Jesús no debía existir: por eso quisieron destruirlo matando a quien lo predicaba. Los dioses de la muerte, dioses idolátricos, siempre quieren dar muerte al Dios de la Vida. Pero la Vida, al final, triunfa siempre sobre la muerte...

La vida de Jesús no se entiende si no se entiende el conflicto entre Dios y los dioses. Los dirigentes judíos rechazaron a Jesús y su Dios: *“No tenemos más rey que al César”* (Jn 19,15). Con ello muestran cuál es el dios por el que ellos habían optado: su ambición de poder y gloria. Rechazan al Dios del amor y eligen al que, por ser opresor, permite y justifica la opresión que ellos ejercen. El Dios al que ellos profesan fidelidad, aunque siguieran llamándolo Yavé, era un dios que legitimaba la opresión. Revelaban así su idolatría de hecho, pues pusieron sus intereses personales en lugar de Dios.

En la pasión y muerte de Jesús no se trata de una confrontación personal entre las autoridades y Jesús. Lo que está en pugna es una diversidad opuesta en la concepción de Dios y, por consiguiente, de la organización de la sociedad. Se trata de totalidades de vida y de historia, en última instancia basadas y justificadas en una concepción de Dios. Romanos y judíos defienden a sus dioses; Jesús vive y predica a su Dios. Y en esta

pugna, le quieren hacer desaparecer; y Jesús da la vida, conscientemente, sin claudicar en su fe. Con ello triunfa sobre todos los dioses de la muerte...

Para reflexionar y dialogar

1. ¿De qué forma Jesús desenmascaró a las falsas divinidades?
2. ¿Cómo trató Jesús a los fariseos, que se decían doctores de la Ley y de la religión?
3. ¿Qué diferencia existe entre el Dios de Jesús y el Dios de los fariseos?
4. ¿Se da algún tipo de idolatría en nuestras familias, nuestra comunidad y nuestra sociedad? ¿Cómo combatirla, al estilo de Jesús?

2 - Idolatría de la ley

Uno de los pasos dados por el Nuevo Testamento es la constatación de que la ley puede convertirse también en ídolo y el hombre sometido a la ley transformarse en idólatra. Esto es lo que aparece explícitamente en el texto de Gálatas:

“En otros tiempos no conocían a Dios, y sirvieron a los que no son dioses. Pero ahora que ustedes conocieron a Dios, o más bien, que él los ha conocido, ¿cómo pueden volver a cosas y principios miserables y sin fuerza? ¿Otra vez quieren someterse a ellos? Ya que vuelven a observar días y meses y tiempos y años. Me hacen temer que me haya fatigado inútilmente” (4,8-11).

La ley en sí misma puede que sea buena, pero cuando el hombre busca la salvación sólo en la observancia de la ley, ésta se convierte en un ídolo que mata: en “*cosas y principios miserables y sin fuerza*”. La ley no tiene en sí misma ninguna fuerza liberadora. El hombre esclavizado a ella acaba con los nervios destrozados: hace lo que no quiere y quiere lo que no puede hacer.

Los judíos pensaban que merecían su propia justificación por su observancia de la ley, cuando en realidad nuestra justificación viene del sacrificio de Cristo. El hombre sólo es justificado por la fe en Jesucristo; no por las obras de la ley (Gál 2,16; Rom 3,28). La ley da el conocimiento del pecado, pero no el poder para apartarse de él. Nadie es justo ante Dios porque cumpla unas normas concretas. Ciertamente hay que seguir a Cristo, cumpliendo su Mandamiento Nuevo, pero la salvación no nace como consecuencia de esas obras, sino de la persona de Jesús.

La fe en el Dios de Jesucristo se enfrenta en forma radical a la idolatría de la ley. A ello se refiere Pablo cuando dice: *“Cristo nos liberó para que fuéramos realmente libres. Por eso, manténganse firmes, y no se sometan de nuevo al yugo de la esclavitud” (Gál 5,1).*

Pablo les reconoce a los judíos que tienen un celo por Dios maravilloso, *“pero en forma mal entendida”*, por cuanto está privado del verdadero conocimiento de Dios. *“No entienden cómo Dios nos hace santos, y se empeñan por hacerse santos a su manera. Con esto pasan al lado del camino de Dios”* (Rom 10,1-3). Al considerar a Dios como un Poder exigente (la Ley) y amenazador (el Juicio Final), resulta que realmente no lo están conociendo. Porque Dios es, ante todo *“Justicia”*, justicia salvadora que brota de su amor: Poder de vida fiel a su proyecto en favor del hombre. Ese desconocimiento les impide acoger la Justicia de Dios y ser así sus beneficiarios. Les impide dejarse amar por Dios.

Los seguidores de la religión de la Ley no pueden más que defenderse, protegerse de ese Dios, a quien *“malconocen”* como amenaza. A fuerza de obras, cuyo valor está declarado por la Ley, los judíos se aseguraban contra Dios. Así, la relación con Dios, por religiosa que sea en cuanto al celo, se mueve, de hecho, en el desconocimiento y en el temor. Ello lleva implícito la desesperación de ver cómo pasa la vida sin que uno se encuentre debidamente armado para vencer al Juez que se acerca.

En el evangelio de San Marcos, del 2,1 al 3,12, donde se cuentan las controversias de Jesús con los fariseos, se desarrolla una teología contra la idolatrización de la ley. La salvación que realiza Jesús es contraria a la ley fetichizada por los fariseos. Su postura se resume maravillosamente en la frase: *“El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Mc 2,27).

Esta idolatría aun puede ser más opresora y destructora que otras, ya que llega a pervertir la misma conciencia del hombre. Al igual que la idolatría del dinero, también ésta destruye las relaciones humanas, sociales y políticas. Ella es causa y consecuencia de un mundo opresor y represivo.

Para reflexionar y dialogar

1. En nuestro país existen muchas leyes, pero las que miran al bien común, como la reforma agraria y la educación para todos, no siempre son respetadas por el gobierno. ¿Conocemos nosotros las leyes que promueven el bien común y nos organizamos para exigir que se cumplan?
2. ¿Cómo cumple nuestra comunidad las leyes que nosotros mismos nos damos? ¿Podemos decir que son justas y que realmente ayudan a promover el bien para todos? ¿O favorecen especialmente a algunos?
3. En Paraguay se ha hecho una nueva Constitución en 1992, en la que están escritas las leyes, obligaciones y deberes de cada ciudadano paraguayo. ¿Qué piensa nuestra comunidad acerca de la Constitución Paraguaya? ¿Qué aspectos son más positivos y cuáles son los que aun representan un desafío al pueblo? ¿Por qué?
4. ¿Cuál es la diferencia entre la Ley del Antiguo Testamento y la Ley del Nuevo Testamento?

3 - Idolatría del dinero

Jesús identifica a la idolatría con el servicio al dinero: *“Ningún servidor puede quedarse con dos patrones, porque verá con malos ojos al primero y amará al otro, o bien preferirá al primero y no le gustará el segundo. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al dinero (Mammón)”*.

Nótese que no se trata del dinero en sí, sino de servir al dinero, ser esclavo de él. Esto no quiere decir que los bienes terrenos constituyan en sí un dios que se opone a Dios. Es el hombre, con su actitud, quien puede divinizarlos y convertirlos en un rival de Dios. Y de hecho con frecuencia se da esta alternativa entre Dios y el dinero. Así pasó con Judas, que prefirió las treinta monedas antes que al Maestro (Mt 16,14s).

Servir al dinero es entregarse a él, aceptando que las riquezas son equivalentes a Dios. Por eso la enérgica contraposición de Jesús, que no sólo pone frente a frente a Dios y a *“Mammón”*, sino que exige a sus seguidores una opción exclusivista. De ahí la imprecación contra los ricos *“porque ya tienen su consuelo”* (Lc 6,24), declarándolos excluidos de las bienaventuranzas precisamente porque su fuente de seguridad y alegría es el dinero y no Dios.

¿Por qué Jesús pone frente a frente el servicio a Dios y al dinero? Porque el culto al dinero lleva a derramar la sangre del pobre, en las múltiples formas concretas que la explotación y opresión asumen en la historia humana. Y si al pobre se le quita aunque sea parte de la vida a la que tiene derecho, entonces se está en contra del Señor de la vida, Padre de todos.

La idolatría del dinero, de ese fetiche que es producción humana, está indesligable y provocativamente vinculada a la ruina y la muerte del pobre. Por eso es que, yendo a la raíz, la idolatría va contra el Dios de Jesús que es el Dios de la vida. El dios-dinero se alimenta de víctimas humanas. Por eso Jesús nos lanza la disyuntiva de elegir entre el Dios de la vida y los dioses de la muerte...

Jesús da un paso más, que sólo había sido insinuado por los profetas (Am 6,6): Condena el egoísmo del que no se preocupa de compartir lo que le sobra. Es el caso de Epulón y Lázaro (Lc 16,19-31) y el del rico insensato (Lc 12,16-20).

En Epulón se destaca su egoísmo. No se dice que sea condenado por injusto, sino sencillamente porque ni se enteró de que a su puerta alguien necesitaba con urgencia las migajas de su mesa.

El segundo rico no es descrito como ambicioso, ni injusto, pero ante la prosperidad sólo piensa en sí mismo: *“Túmbate, come, bebe y date a la buena vida”*. Aunque su cosecha sea muy abundante, su horizonte es muy limitado: ni Dios, ni el prójimo entran en su perspectiva.

Pero la parábola no condena sólo su egoísmo: ataca también su confianza en sus bienes; cree que todo depende de ellos, y que cuando se tiene en abundancia no hay que preocuparse de nada más. Acumula porque es egoísta, pero es egoísta porque piensa que la abundancia de bienes constituye lo único seguro en esta vida.

Esta parábola nos enseña que para idolatrar las riquezas no es preciso robar; basta ser egoísta, negándose a compartir los bienes, y poner la confianza en ellos.

Esta misma es la enseñanza terrible de las “malaventuranzas”: son condenados los que sólo se preocupan de su consuelo, de estar satisfechos y pasarlo bien (Lc 6,24-26).

Desde la venida de Jesús la riqueza perdió el sentido que tenía de ser considerada como signo de bendición de Dios. Jesús desacralizó la riqueza: la dejó en su significación natural. Le quitó al dinero su poder sobre los hombres. Si el dinero sigue teniendo tanto poder en nosotros esto quiere decir que no nos apoyamos suficientemente en su victoria.

San Pablo insiste en el antagonismo existente entre avaricia y Reino de Dios.

En tres listas que él confecciona de vicios incompatibles con la fe en Dios se nombra expresamente la idolatría. Se trata de 1 Corintios 5,9-13; 6,9-11 y Gálatas 4,19-21. Podemos detectar en estas enumeraciones que una de las realidades básicas en las que se puede dar la idolatría es el dinero: El codicioso, el tramposo, el ladrón es un ídólatra, que acarrea con su actitud enemistades, discordias, rivalidades, egoísmos y envidias. La idolatría aparece como elemento destructor de las relaciones humanas.

En un par de textos más Pablo relaciona explícitamente a la idolatría con el dinero. Dice que *“los explotadores, que sirven al dios dinero, no tendrán parte en el Reino de Cristo y de Dios”* (Ef 5,5). Y en otra carta exhorta a apartarse de: *“la codicia, con la que uno se hace esclavo de ídolos”* (Col 3,5).

En estos dos textos codicia e idolatría son sinónimos. El término codicia, que en el original griego literalmente significa “tener más”, connota ambición, avidez, abundancia, arrogancia. El ídolo sería, por lo tanto, el dinero, pero no como una realidad en sí misma, sino la posesión del dinero como poder para desear y extraer más dinero de otros, creando enemistad y discordia. De ahí la identificación de ídólatra con codicioso, ladrón y tramposo.

Todos los textos de Pablo afirman el carácter antagónico de la idolatría con la realidad cristiana. En 1 Corintios 5,9-13 se ordena excluir de la comunidad cristiana a los ídólatras. La codicia es incompatible con el ser cristiano. El apóstol no ordena apartarse de los ídólatras, pues para eso habría que salirse de este mundo; pero sí ordena que sean expulsados de la comunidad.

En 1 Corintios 6,9-11 y Gálatas 4,19-21 se afirma que los ídólatras *“no heredarán el Reino”*. En 1 Corintios 10,14-17 se excluye al ídólatra de la Eucaristía, presentada aquí como solidaridad con el cuerpo del Mesías y de la comunidad. El dinero como ídolo destruye esta solidaridad, destruye el Cuerpo del Mesías.

El autor de la carta **1 Timoteo**, como resumiendo el mensaje de Pablo y de los evangelios sinópticos, da el siguiente consejo: *“Exige a los ricos que no se pongan orgullosos, ni confíen en riquezas, que siempre son inseguras. Que más bien confíen en Dios, que nos lo proporciona todo generosamente para que gocemos de ello”* (6,17).

Y **Santiago** critica duramente a algunos hacendados, no sólo porque no pagaron dignamente a sus cosechadores (5,4), sino además porque *“no buscaron más que lujo y placer en este mundo, y lo pasaron bien mientras otros eran asesinados”* (5,5).

Podemos concluir que según el mensaje del Nuevo Testamento es imposible cualquier reconciliación entre la idolatría al dinero y el espíritu del Padre Dios.

El espíritu de Dios es gracia, gratuidad, mansedumbre; el espíritu del dinero es dominación, orgullo, agresividad. El espíritu de Dios es amor y no apego: compartir; el espíritu del dinero es egoísmo y avaricia: competir. El dinero es lo primero que convierte al hombre en lobo para el hombre; el espíritu de Dios es simple y abierto; es limpio como una copa de cristal. La idolatría al dinero es torcida, disimulada, tiene dos caras, actúa en la oscuridad; Dios actúa a la luz. El espíritu del dinero consiste en utilizar su propio poder para intentar crearse su propio paraíso, y por ello utiliza a los débiles para que le sirvan de pedestal para alcanzar la gloria...

Jesús ha vencido al poder del dinero. Y su victoria se manifiesta entre nosotros cuando un “rico”, en dinero o en deseo, no entrega a los pobres, individuos o naciones, en manos de los poderosos; cuando un “rico” desacraliza el poder del dinero en su conciencia y lo considera sólo como instrumento; cuando reconoce que Dios es el soberano de toda riqueza; cuando el “rico” es capaz de mirar sin pánico la pobreza y se considera libre en relación con la seguridad que le puede proporcionar el dinero; cuando se hace capaz de gratuidad y no cubre su conciencia bajo la capa de la limosna; cuando sabe compartir con el pobre... Cada hombre o mujer que vive el espíritu de las bienaventuranzas ha vencido ya el poder idolátrico de la plata.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Qué significa para nosotros hoy la comparación que hizo Jesús entre la idolatría y el servicio al dinero? (Mt 6,24).
2. Saquemos conclusiones de los siguientes datos:
 - Paraguay tiene una superficie de 40.675.200 hectáreas. De ellas 14.748.500 está en poder de empresas extranjeras y 16.712.000 pertenece a los grandes latifundistas paraguayos. Con ello resulta que el 80% de las propiedades rurales pertenece al 1% de los tierra-habitantes, mientras que el 99% restante se reparte el 20% de las tierras agrícolas.
 - Unas 150.000 familias campesinas carecen de tierra.
 - Más de 100.000 personas viven en zonas inundables de las grandes capitales.

- En el Brasil el 5% de las personas poseen el 95% de las riquezas del país. Y el 95% de las personas tienen que repartirse el 5% de las riquezas restantes.

- En el mundo mueren de hambre al año 13.000.000 de niños.

3. Ante estos datos pensemos cómo actúa el dios-dinero y cómo actúa el Dios de Jesús.

4 - Idolatría del poder político opresor

Ya vimos cómo los profetas atacaron duramente todo lo que fuera divinización del poder. Hay personas que piensan que en el Nuevo Testamento se cambia este enfoque. Para entender este problema de nuevo es necesario tener en cuenta el proceso progresivo de revelación, a partir de las circunstancias históricas.

Ciertamente en la carta a los Romanos dice Pablo: *“Que todos se sometan a las autoridades que nos dirigen. Porque no hay autoridad que no venga de Dios...”* (13,1). Dice además que el que tiene miedo a las autoridades es porque se porta mal, ya que ellas *“están al servicio de Dios para llevarte al bien”* (13,4). Y afirma que al cobrar impuestos los gobernantes son *“los funcionarios de Dios mismo”* (13,6). Aquí Pablo se mantiene en un terreno puramente teórico.

También San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, se esfuerza por presentar a los gobernantes del imperio como personas sensatas (13,7; 18,12-15; 19,33-40; 25,13-27).

Para entender este enfoque de los primeros escritos del Nuevo Testamento hay que tener en cuenta que en aquel tiempo los cristianos intentaban supervivir manteniéndose al margen de la gran polémica existente entre los judíos y Roma. Por ello Pablo y los primeros evangelistas se esfuerzan en no tener problemas con las autoridades romanas.

Pero después que con Nerón comenzó la persecución violenta, ciertamente el mensaje respecto al imperio cambió radicalmente.

Ya Jesús había dicho: *“Ustedes saben que los jefes de las naciones se portan como dueños de ellas y que los poderosos las oprimen”* (Mt 20,25). Y enseguida aclara que entre sus seguidores no ha de ser así: el que le sigue ha de tener una actitud de servicio (20,26-28).

Según San Lucas, cuando Satanás tentó a Jesús nos hizo una gran revelación: *“Te daré todo ese poder y esa gloria, porque me lo han dado a mí y yo lo doy a quien quiero”* (Lc 4,6). Satanás es dueño, es señor con verdadero dominio, y los ídólatras son administradores suyos que reciben de él poder, bienes y éxito.

En el **Apocalipsis**, cumbre del proceso de revelación bíblica, se radicaliza el enfoque frente al poder. Ya habían pasado los cristianos por la persecución de Nerón y,

a finales del siglo primero, estaban pasando entonces por una nueva persecución mucho más cruel, la de Domiciano.

El Apocalipsis la describe como muy violenta (12,13.17; 13,7): hay cantidad de prisioneros (2,10) y muchos han derramado ya su sangre (2,13; 6,9-11; 7,13s; 16,6; 17,6; 18,24; 20,4). El control de la policía era total (13,16): quien no apoyaba el régimen del imperio no podía comprar ni vender nada (13,17). La propaganda era enorme (13,13) y se infiltraba en las comunidades para forzarlas a adorar al emperador, como si fuera un dios (13,4.12-14).

En estas circunstancias, el Apocalipsis es la respuesta de Dios a este pueblo afligido y perseguido. Fue escrito por orden de Dios (1,11.19) para levantar el velo y esclarecer, a la luz de la fe en Cristo resucitado, la situación idolátrica de aquel imperio de mentiras y el triunfo final de los seguidores del Dios de Jesús. Es un libro de consuelo, en el que florece la esperanza del encuentro con el Dios verdadero en medio de un mundo enmarañado en la idolatría al poder.

Para el Apocalipsis el imperio es obra de Satanás (13,1-10). Los culpables no son únicamente algunos malos funcionarios del imperio, sino el imperio en sí: su organización económica y política, bajo la pretensión de ser señor del mundo (13,1-18). Y la ciudad de Roma, la grandiosa capital del imperio, no pasa de ser una gran prostituta que lleva al mundo entero a su perdición (17,1s). Por ello los cristianos no pueden ser ingenuos y alimentar un régimen cuya organización está en contra del Reinado de Jesús (18,4). No pueden permitir que la falsa propaganda del imperio eche raíces en medio de las comunidades (2,14-20); deben mantenerse fieles a Jesús hasta la muerte (2,10).

Hasta el capítulo 12 habla de la persecución, pero a partir del 13 va a hablar directamente del perseguidor y a desenmascarar su política. Veamos con un poco más de detenimiento esta parte.

Juan ve una Bestia terrible que parece una pantera, tiene pies de oso y boca de león, con diez cuernos y siete cabezas, señal de mucha crueldad y poder. Satanás le entrega a esta Bestia todo su poder (13,2.4), y por eso es insolente (13,5): ataca a Dios con blasfemias (13,6), persigue al pueblo de las comunidades (13,7) y tiene pretensiones de ser dios y dueño del mundo entero (13,7s).

Para dominar la mente de tanta gente la gran Bestia recibe la ayuda de otra bestia más pequeña, que tiene la apariencia de cordero, pero que habla como el Monstruo (13,11); son los falsos profetas: sabios, sacerdotes, técnicos, políticos que colocan su magia, su poder y su saber al servicio del imperio opresor.

El Apocalipsis los describe así: *“Después vi surgir del continente otra bestia que llevaba dos cuernos como los del Cordero, pero hablaba como el Monstruo. Esta aprovecha todo el poder de la primera Bestia y está totalmente a su servicio. Ella ha logrado que la tierra y sus habitantes adoren a la primera Bestia ... Hace prodigios maravillosos, hasta mandar que baje el fuego del cielo a la tierra en presencia de todos. Por medio de estos prodigios que le fue concedido obrar en servicio de la Bestia, ella*

engaña a los habitantes de la tierra, aconsejándoles que hagan una estatua de esa Bestia... Se le concedió hasta dar vida a la estatua de la Bestia, la cual puede hablar, y ha logrado que quienes no adoren esa Bestia sean muertos. Ha logrado, así mismo, que a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente: ya nadie podrá comprar ni vender si no está marcado con el nombre de la Bestia...” (13,11-17).

Por tres ocasiones, al hablar de su condena, a esta segunda bestia se le da el nombre de *“falso profeta”* (16,13; 19,20; 20,10). En una de ellas se vuelve a especificar su misión: *“Este es el que hacía maravillas al servicio de la Bestia, con las cuales engañaba a los que recibieron la marca de la Bestia y a los que adoran su estatua”* (19,20).

Nótese que el fin de estos falsos profetas es seducir a la humanidad para que adore a la Bestia, o sea, a un sistema económicamente acaparador y culturalmente despreciador del pueblo. A través del miedo logran controlar la economía. Gracias a estos profetas el emperador se puede considerar a sí mismo, sin peligro, como dios y dueño del mundo.

En el capítulo 17 se describe a la capital del imperio (17,9) como *“gran prostituta..., madre de las prostitutas y de los abominables ídolos de todo el mundo”* (17,1.5). Ella es *“la ciudad grande, la que reina sobre los reyes del mundo entero”* (17,18) y está ebria, no de vino, sino de la sangre de los mártires (17,6). Su misión es llevar al mundo entero a embriagarse con el vino de su prostitución, o sea, la idolatría del poder: *“Con ella pecaron los reyes de la tierra, y con el vino de su idolatría se emborracharon los habitantes de la tierra”* (17,2).

En el capítulo 18 se describe cómo la causa de toda la maldad del imperio fue su deseo de lujo y su acumulación planificada y organizada (18,3.7.9-20.23). Por eso se convirtió en *“guardia de demonios”* (18,2). *“Con el vino de su idolatría se emborracharon todas las naciones, y los reyes de la tierra pecaron con ella, y los comerciantes de la tierra se enriquecieron con su lujo desenfrenado”* (18,3).

Después de exhortar al Pueblo de Dios a que se aleje de ella (18,4), se canta su ruina: *“Que sufra tantos tormentos y desdichas como fueron su orgullo y su lujo... Llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la tierra que pecaron con ella y participaron de su lujo... Llorarán y se lamentarán por ella los comerciantes de la tierra..., los que en ella se enriquecieron con sus negocios...”* (18,7.11.15). *“¡Alégrate, cielo, por su ruina! ¡Alégrense, santos, apóstoles y profetas, porque al condenarla Dios les hizo justicia a ustedes!”* (18,20). *“Es que tus comerciantes eran los magnates de la tierra y tus brujerías han seducido a las naciones. Miren que en esa ciudad se encontró sangre de los profetas y de los santos...”* (18,23s).

En el Apocalipsis no se condena todo tipo de poder, sino el poder que se idolatra a sí mismo y que, por consiguiente, es enemigo del Dios verdadero. Ese poder es una bestia. Se le ve por lo que hace. No hemos de pensar hoy sólo en un poder concreto, sino en todo lo que entra en la imagen simbólica que nos ofrece este libro. Se trata del

poder que pretende ser absoluto y soberano, que se presenta como autor y árbitro supremo de todo lo que es justo y lo que es ley.

Al servicio de la bestia también hoy están poderosos medios de control de los espíritus, poderosas oficinas de espionaje, de desinformación, de mentira organizada. Ellos también realizan prodigios: ponen sus deslumbrantes éxitos técnicos o deportivos al servicio de su poder absoluto, a fin de conquistar los corazones y las conciencias. La función de los falsos profetas es conseguir la pertenencia incondicional de los hombres al poder absoluto: que todos piensen y actúen como él.

Hay grandes y pequeñas tiranías. Hay poderes gigantescos y poderes restringidos, pero que se complacen en hincharse cuanto pueden. Todos ellos son monstruosos y aplastadores, desde un gran monopolio internacional hasta el machismo de un padre de familia. Hay una monstruosidad cada vez que una realidad limitada, individual o institucional, exige unos derechos y un culto que pertenecen sólo a Dios.

El Apocalipsis anuncia que se han de acabar todos los poderes opresores y sus servidores (13,5) . El Cordero y los suyos los han de vencer. El poder de Dios dado al Cordero es muy superior al poder del Dragón dado a la Bestia.

El triunfo será de los que no se han contaminado con el culto a los ídolos: *“Su boca no supo de mentiras: son vírgenes”* (14,5). Ellos alimentan su fe y su esperanza con la certeza de que Dios, y no el imperio, es el dueño del mundo. El imperio opresor caerá por podrido, derrumbado poco a poco por las plagas de la historia (15,1 - 19,10).

El mal será totalmente derrotado por el que monta el caballo blanco de la victoria, el *“Fiel y Verdadero, el que juzga y hace las guerras justas”* (19,11), *“el Rey de reyes y Señor de señores”* (19,16). Jesús resucitado ha de vencer a la Bestia y al falso profeta (19,20), al Demonio (20,10) y aun a la misma muerte (20,14).

Una vez vencidos los ídolos y su poder demoníaco, entonces se celebrarán las bodas del Cordero (21 y 22). Su novia será la humanidad engalanada con todo lo bueno realizado a través de la historia: permanecerá para siempre todo lo que haya sido verdad, justicia, libertad y amor.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Qué espera nuestra comunidad de los políticos elegidos por el pueblo? ¿Es bueno que la comunidad participe activamente en política? ¿Por qué?
2. ¿Cómo debe actuar una persona que tiene un cargo político?
3. ¿Por qué tanta gente lucha por llegar al poder? ¿Desean realmente cumplir todo lo que el pueblo espera de ellos? ¿Responden a las expectativas del pueblo?
4. ¿Es posible que alguien que esté en el poder pueda realmente servir al pueblo? ¿En qué circunstancias el poder es liberador y en qué situaciones se convierte en instrumento de opresión?

5. “La fe cristiana no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima” (Puebla 514). Hagan un comentario sobre esta afirmación y compárenla con la situación de hoy.

5 - La idolatría deshumaniza

En cuanto decidimos en lo más íntimo de nuestro ser no ser dóciles a Dios, es muy posible que fabriquemos un nuevo dios, condescendiente y aun justificador de nuestras vulgaridades, defectos o vicios. El Dios verdadero siempre pide más de nosotros: sabe exigir porque conoce lo mucho bueno de lo que somos capaces; los ídolos, en cambio, son inventos nuestros para justificarnos en lo menos y aun en lo malo.

Por ello las consecuencias de las actitudes idolátricas son desastrosas, puesto que la idolatría es el calmante que tranquiliza y justifica todo lo que es menos vida, menos verdad, menos justicia, menos libertad, menos amor. Pero con frecuencia justifica además toda clase de mentiras, injusticia y muerte. Es como el sello religioso que sacraliza la maldad del mundo. Con razón, poco antes de la venida de Jesús, se llegó a decir que *“la invención de los ídolos fue el origen del libertinaje..., una trampa para el mundo”* (Sab 14,12.21).

a. Romanos 1,18-32

Para Pablo resulta evidente que la fe en Dios no se reduce simplemente a aceptar unos contenidos ideológicos. No se trata de un acto intelectual: la fe lleva directamente a una relación personal con Dios y, en consecuencia, con todos sus hijos, en cuya historia él mismo se ha hecho presente. Por eso la respuesta creyente al Dios revelado consiste en que el hombre deje a Dios ser Dios, alabándolo y dándole gracias como se merece (Rom 1,21). Esto sólo es posible si el hombre no quiere ser como Dios (Gén 3,5), es decir, si acepta que él y todos los seres del mundo son hechura de Dios. Sólo así evitará querer divinizar lo creado.

Sin embargo Pablo sabe que el hombre, por sus propias fuerzas, no es capaz de resistir a la tentación de deificarse a sí mismo y a las cosas que le rodean. Por eso dice que *“pretendiendo ser sabios, resultaron unos necios, pues cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes con forma de hombre mortal, de aves, de animales y de serpientes”* (Rom 1,22s). Para el apóstol la raíz de la situación deplorable de la humanidad está precisamente en *“haber sustituido al Dios verdadero por uno falso, venerando y dando culto a la creatura en vez de al Creador”* (1,25).

Ciertamente la gran tentación del hombre es querer cambiar al Dios vivo, que irrumpe en la vida del hombre cuando y como quiere y que le lleva a donde quiere (ver Núm 9,17-23), por un dios controlable y manejable (ver Ex 32,1.23). Por ello aparece que la idolatría es la mentira radical del hombre, puesto que con ella cambia al Dios vivo por algo muerto, como subraya Pablo en el versículo 25 y ya lo había dicho el autor de la Sabiduría (13,10).

Otro punto clave en el que se manifiesta la confusión entre el Creador y la criatura lo encontramos en el hecho de que el hombre intenta domesticar, manipular al Dios trascendente, queriendo convertirlo en criatura suya: *“despreciaron a Dios, al no tratar de conocerlo según la verdad”* (Rom 1,28).

Conocer a Dios según la verdad no es simplemente una tarea intelectual que, a lo más, desemboca en un culto a su grandeza. Conocer a Dios quiere decir estar dispuesto a buscarlo y encontrarlo allí donde él quiere ser buscado y encontrado: en la solidaridad con los pobres y oprimidos, luchando por su liberación, tal como los profetas no se cansaron de recordarlo.

Si el hombre de cualquier manera neutraliza el ser interpelado por Dios, ya no es a Dios a quien adora, sino a su propia imaginación egocéntrica. Dios fuera del imperativo moral de justicia ya no es Dios.

Pablo piensa que el falso concepto de Dios que tienen los paganos les lleva a una conducta inhumana. Para él resulta claro que una mala teología lleva a una mala ética, por lo que la consecuencia inevitable de haber cambiado a Dios por un ídolo es el caos moral (Rom 1,26-32). Si creo en un dios injusto, es lógico que yo también sea injusto...

El no reconocer a Dios conduce al hombre a querer aprovecharse de los demás para compensar, a costa de ellos, la falta de humanidad que lleva el “romper” con el Creador. El hombre, como desconocedor de Dios, se convierte automáticamente en explotador de los demás.

Por eso la falta de amor es la actitud radical que aparece en todas las manifestaciones de pecado que Pablo enumera en 1,19-30.

Los ídolos destruyen sistemáticamente la humanidad de sus adoradores, a quienes acaban destruyendo. No pueden realizar sus promesas, sino que obstruyen las vías de acceso a una existencia libre y feliz.

Para Pablo, pues, la consecuencia de no “conocer” a Dios es la deshumanización del hombre y el desastre del mundo que Dios le ha confiado.

Así como una mala teología produce una mala ética, también una mala ética produce una mala teología. Es lo que Pablo quiere decir cuando en el versículo 18 habla de los que *“destierran la verdad con la injusticia”*. Según lo visto en el versículo 25 se trata de “la verdad de Dios”, de la verdadera esencia de Dios. Y de ella afirma Pablo que a base de injusticias es con lo que los hombres impiden conocerla.

El que vive en la injusticia, o se decide a convertirse a Dios y salir de ella, o no tiene más remedio que oprimir la verdad de Dios, inventándose otro dios concordante con su manera de proceder. La actitud vital de injusticia impide conocer al Dios verdadero. Por eso una actitud constantemente injusta es como una fábrica de ídolos.

b. Hechos 17, 16-34

Este texto nos narra la actividad de Pablo en Atenas, una “*ciudad poblada de ídolos*” (17,16). El discurso que tiene el apóstol en el Areópago (17,22-31) es una crítica radical a la idolatría, en el que radicaliza y profundiza la crítica del Antiguo Testamento.

Utiliza dos argumentos. En el primero se refiere a Dios como creador y señor de la historia. Este Dios no necesita templos, ni altares, ni ídolos para revelarse. El hombre tampoco los necesita para conocerlo. Dios es plenamente trascendente, y por eso “*en él vivimos, nos movemos y existimos*” (17,28).

La presencia trascendente de Dios en el hombre, en la naturaleza y en la historia es el fundamento último y más radical contra la idolatría, puesto que es radicalmente opuesta a toda práctica idolátrica. Todos los hechos liberadores de Dios llegan a ser una imagen en la que él se revela y donde el hombre puede conocerlo a la luz de la fe. La idolatría, por el contrario, se manifiesta en la destrucción de la historia, del hombre y de la naturaleza.

El segundo argumento de Pablo radicaliza e ilumina el primero: Si el hombre es imagen de Dios, “*si somos de la raza de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea semejante al oro, a la plata o a la piedra, obras del arte y del ingenio humano*” (17,29). El hombre es la imagen más perfecta de Dios y en él se manifiesta y revela el Dios trascendente y creador. Y si el hombre es la imagen de Dios, “*linaje de Dios*”, ninguna trascendencia y espiritualidad puede existir y revelarse en la destrucción del hombre. Si Dios se revela en la realización plena del hombre y de todos los hombres, lo que destruya de alguna manera al hombre, por más capa de espiritualidad que tenga, es pura idolatría y fetichismo.

Como conclusión podemos afirmar que los que marchan como títeres en pos de ídolos se deshumanizan y deshumanizan a los demás. Ante el ídolo moderno se siente a la vez una intensa atracción y una no menor dependencia.

El mecanismo de la idolatría convierte lo vivo en cadáver, el amanecer en obscuridad, lo real en fantasmagórico, lo creado por nosotros en creador nuestro. El denominador común de los ídolos es su condición de seres muertos, momificados y disecados. Los seres humanos se identifican a sí mismos con las cosas y tratan a los demás como si fueran cosas.

Los ídolos cierran al hombre dentro de sí mismo y legitiman sus actitudes de apropiación egoísta. En vez de alentarle a darse, le alientan al acaparamiento, es decir, a tener más de lo que está destinado a los otros y a poder más sobre los otros.

Tenía razón Carlos Marx cuando afirmaba que la religión es el opio del pueblo, pero él se refería, aun sin saberlo del todo, a la religión de los ídolos. La religión que él conoció en aquel obscurantismo religioso del siglo XIX era en buena parte idolátrica, tanto en su familia protestante, como en los diversos ambientes de la época.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Por qué se dice aquí que la idolatría deshumaniza? ¿Estamos de acuerdo?
2. Leamos Romanos 1, 18-32 y hagamos un comentario en comunidad sobre ello.
3. Dios quiere que el hombre tenga vida en abundancia y que se lleve bien con sus hermanos. Sabemos que la idolatría impide la vivencia de la fraternidad. ¿Qué podemos hacer para evitar que nos domine la idolatría y poder así avanzar juntos en la conquista del bien común?

6 - El poder de los ídolos

El hombre tiene poder para fabricar ídolos y el ídolo es la representación material de ese poder. Y cuando el hombre fabrica ídolos, tiene realmente más poder. El poder del ídolo no es una ficción o un engaño, es real, pero su origen es sólo el poder del hombre.

Es necesario comprender que somos nosotros mismos los que producimos los ídolos porque en última instancia se corresponden a nuestras experiencias, deseos y miedos. Y en este sentido son radicalmente reales, ya que se ponen en lugar de algo perdido o aún no llegado, o invocan algún imposible desconocido, ya sea de una persona, de un grupo o de una clase social. Son sus sueños y esperanzas frustradas.

El concepto marxista de alienación del hombre aparece por primera vez, aunque, claro está, no con esta palabra, en el concepto bíblico de la idolatría. La idolatría es la veneración de las cualidades limitadas y alienadas del hombre.

Un hombre alienado es necesariamente un adorador de ídolos, ya que se ha empobrecido a sí mismo transfiriendo sus poderes vivientes a cosas que están fuera de él, a las que se ve obligado a reverenciar para retener una pequeña parte de su yo y, en último análisis, para conservar su sentido de identidad.

Los dominados por cualquier tipo de esclavitud buscan su seguridad en el sometimiento a la misma dominación. La idolatría la hace aparecer así como salvación.

El hombre transfiere sus propias pasiones y cualidades al ídolo que él mismo crea. Dice Erich Fromm que el ídolo es la forma alienada de la experiencia de sí mismo que tiene el hombre. Al adorar al ídolo, el hombre adora su yo, pero sólo en un aspecto parcial, y por ello se autolimita. Adora sólo su inteligencia, su cuerpo, el poder, la fama y así sucesivamente. Y con ello pierde su totalidad como ser humano y cesa de crecer. Ya no es libre. Solamente en la sumisión a sus ídolos encuentra la sombra, aunque no la sustancia, de su yo.

El ídolo es una cosa y no está vivo. Dios, por el contrario, es la vida. El hombre abierto a Dios encuentra la vida; pero sometiéndose a los ídolos se convierte en una cosa. La contradicción entre la idolatría y el reconocimiento de Dios al final de todo no es más que la contradicción entre el amor a la muerte y el amor a la vida.

El salmo 115 expresa la esencia de la idolatría cuando dice: *“Sus ídolos son obra de las manos de los hombres. Tienen boca y no hablan, ojos y no ven, orejas y no oyen... Que sean igual los que los hacen cuando confían en ellos”* (115, 4-8). El segundo Isaías describe bellamente la misma idea (Is 44,12-20). El ídolo es algo inútil y los que los adoran se vuelven inútiles también.

Una y otra vez los profetas caracterizan a la idolatría como un autocastigo, una degradación humana, en contraposición a la adoración de Dios, que es liberación y realización humana. Por ello la idolatría es radicalmente incompatible con la libertad y la realización plena de la humanidad.

Para reflexionar y dialogar

1. El ser humano siente continuamente tentaciones de inventarse ídolos para aumentar su poder. ¿Qué consecuencias sufrimos nosotros de esta tentación en nuestra familia y en nuestra comunidad?
2. ¿Qué diferencias hay entre el Dios verdadero y los ídolos? ¿Es importante saber distinguir estas diferencias? ¿Por qué?
3. ¿Por que se dice en este capítulo que los ídolos son “los sueños y las esperanzas frustradas” de la sociedad? ¿Qué significa esto para nosotros hoy?

C - LA VERDADERA IMAGEN DE DIOS

Los ataques bíblicos contra las imágenes representativas de Dios no quieren indicar que Dios no nos haya dejado ninguna imagen sensible de sí mismo. Según la Biblia el hombre es imagen de Dios, y Jesús, su imagen perfecta. Este mensaje básico lo fue revelando Dios de forma progresiva. Veamos brevemente estos pasos dados en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

a. La tradición sacerdotal

Surgida a partir del destierro en Babilonia, donde eran tan despreciados, la tradición sacerdotal destaca de una manera especial la dignidad humana:

“Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que mande a los peces del mar y a las aves del cielo, a las bestias, a las fieras salvajes y a los reptiles que se arrastran por el suelo. Y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios lo creó. Macho y hembra los creó. Dios los bendijo, diciéndoles: Sean fecundos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla” (Gén 1,26-28).

Más adelante la misma tradición sacerdotal vuelve varias veces sobre el mismo tema (Gén 5,1; 9,6). Según esta tradición, el hombre es el vértice de la acción creadora y de la pirámide de los seres creados. El hombre considerado en una unidad profunda y totalizante, varón y mujer. Todo el hombre y todos los hombres han sido creados a imagen divina. Ello es la afirmación básica de estos textos.

En qué consiste esa semejanza con Dios es ya más difícil de precisar. En la Biblia se insinúan diversas facetas.

Una de ellas es el dominio real del hombre sobre los animales y, por consiguiente, de toda la creación.

También se encuentra una relación implícita a la cultura de la época según la cual el rey era considerado imagen de Dios en cuanto representante suyo ante el pueblo; de igual modo, pero con una visión muchísimo más amplia, el hombre, la humanidad, es aquí considerada representante del señorío divino sobre la tierra.

Parece que también en estos pasajes se quiere afirmar el carácter dialogal de la existencia humana frente a Dios, de quien el hombre es interlocutor y compañero de profundas relaciones. El hombre es algo muy superior al resto de la creación, tanto, que es capaz de sentirse en cierta manera semejante a su Creador y poder así dialogar con él. No es igual a Dios, pero sí es copia de Dios, una copia semejante y fiel. Por ello precisamente se ve colocado en una postura de dominio sobre las criaturas de Dios. Es constituido por el Creador como soberano del mundo.

El tema bíblico del hombre imagen de Dios fundamenta teológicamente el sentido de la relación hombre-mundo y da forma a la vocación del género humano de transformar la tierra a su imagen, amansándole.

Nombrar la semejanza divina expresamente como *“macho y hembra”* no era usual en aquel contexto cultural en que dominaba la figura del varón. El Génesis va contra corriente de la época. El varón y la mujer son colocados en plano de igualdad, en lo que se refiere a sus relaciones fundamentales con Dios y con el mundo. En cambio, los mitos orientales de la creación ignoraban por completo la presencia de la mujer.

La semejanza original del hombre con Dios es un dato de naturaleza, que nadie puede perder. Por ello el deber moral de evitar cualquier atentado contra su vida. La intangibilidad de Dios repercute en su copia viviente, que es todo hombre y mujer. Cualquier tipo de violencia destructora significa profanación de la semejanza divina que todo ser humano goza por naturaleza (ver Gén 9,6 y Sant 3,8-10).

El salmo 8, 4-9 es un comentario al texto del Génesis, en el que el salmista celebra la grandeza del hombre por su dominio sobre el mundo. *“Lo coronaste de gloria y grandeza; le entregaste las obras de tus manos, bajo sus pies has puesto cuanto existe...”* (versículos 6 y 7).

b. La literatura sapiencial

En los libros sapienciales encontramos dos nuevos textos sobre el tema: Eclesiástico 17 y Sabiduría 2.

El primero de ellos repite tradiciones antiguas, aunque insistiendo en el aspecto de la conciencia y la inteligencia:

“De la tierra el Señor creó al hombre... y le dio poder sobre las cosas de la tierra. Los revistió de una fuerza como la suya, haciendo a los hombres a su imagen... Les dio conciencia, lengua y ojos y una mente para pensar. Los llenó de sabiduría e inteligencia, les enseñó el bien y el mal. Puso en sus mentes su propio ojo interior para que conocieran la grandeza de sus obras...” (Eclo 17, 1-8).

El libro de la Sabiduría insiste en nuevos aspectos: *“Dios creó al hombre para que no pereciera, y lo hizo inmortal, igual como es él. Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y los que se pusieron de su lado padecerán”* (Sab 2,23s).

Aquí el sentido de la imagen se explica por el hecho de la inmortalidad, cosa que no se pensaba cuando se escribió el trozo del Génesis del que hablábamos.

Nuevo también es afirmar que la muerte entró en el mundo por obra de Satanás y que tienen una triste experiencia los que se someten a su influencia.

c. La teología paulina

Pablo, siguiendo y desarrollando la tradición de las primeras comunidades, interpretó el sentido de la imagen en un sentido cristológico. Partiendo de la concepción de Cristo como nuevo Adán (Rom 5, 12-21), llegó a concluir que Jesús es la auténtica y

verdadera imagen de Dios. Como consecuencia de ello, los hombres se pueden constituir en imagen de Dios entrando en comunión con Cristo.

Cristo imagen del Padre

En la carta a los Colosenses Pablo copia lo que seguramente ya era un himno cantado por los cristianos: *“El es la imagen del Dios que no se puede ver, el Primogénito de toda la creación, ya que en él fueron hechas todas las cosas: las del cielo y las de la tierra, lo visible y también lo invisible, ya sean gobiernos, autoridades, poderes o fuerzas sobrenaturales. Todo está hecho por medio de él y para él. El existe antes que todas las cosas y todo se mantiene en él”* (Col 1, 15-17).

La afirmación central subraya la relación fundamental que liga a Jesús con el universo: todo ha sido creado en él, mediante él y para él. Todo encuentra en él su consistencia actual. Precisamente por eso se dice de Jesús que es imagen de Dios invisible y primogénito de toda criatura.

En Jesús de Nazaret, el *“Dios que nadie ha visto jamás”* (Jn 1,18) se ha hecho visible. El lo ha dado a conocer, no a través de una vaga y general semejanza, sino por una radical reproducción de la realidad divina. El es el revelador definitivo y perfecto de Dios.

Otro punto claro de referencia para explicar el significado de imagen de Dios atribuida a Cristo aparece en 1 Cor 4,4, donde Pablo afirma que los incrédulos, cegados por Satanás, son incapaces de *“ver el resplandor del Evangelio glorioso de Cristo, que es imagen de Dios”*. Más adelante afirma que *“la Gloria de Dios brilla en el rostro de Cristo”* (4,6). Se palpa el paralelismo entre imagen y gloria. Pablo quiere decir que en Jesús está presente y resplandece la realidad majestuosa de Dios. Si en Génesis 1 la palabra “imagen” servía para subrayar la cercanía del hombre con su Creador, aun dejando a salvo las distancias, en Pablo sirve para resaltar que en el caso de Cristo se han anulado las distancias.

El autor de la carta a los Hebreos, de la escuela de Pablo, dice de Jesús que *“es el resplandor de la Gloria de Dios y en él expresó Dios lo que es en sí mismo”* (1,3).

Los hombres imagen de Cristo

Dice la carta a los Romanos: *“Dios los eligió primero, destinándolos desde entonces a ser como su Hijo y semejantes a él, a fin de que sea él primogénito en medio de numerosos hermanos”* (8,29). En el centro está el Hijo, y en comunión con él la humanidad entera, llamada a participar del ser filial de Cristo para constituir de este modo el cuerpo de los hijos de Dios: *“hijos en el Hijo”*. Esta es la meta que espera a todos los que se unen a Cristo, prototipo de la nueva humanidad.

En 1 Corintios 15 el apóstol establece una contraposición entre el primer hombre y Cristo, nuevo Adán. Los dos son principio fontal de humanidad. Pero la vieja humanidad ha producido pecado y muerte. La nueva humanidad unida a Cristo reproducirá su imagen de resucitado: *“Así como nos parecemos ahora al hombre terrenal, también llevaremos la semejanza del hombre celestial”* (15,49).

Pablo no reduce la semejanza con Cristo al futuro último. En 2 Corintios 3,18 sitúa en el presente el cambio de los cristianos que, contemplando la gloria del Señor Jesús, se van transformando en su imagen gloriosa: *"Nos vamos transformando en imagen suya más y más resplandeciente"*. Se trata de una realidad actual, inserta en la vida.

En la misma línea se coloca Colosenses 3,9s: *"Ustedes se despojaron del hombre viejo y su manera de vivir, para revestirse del hombre nuevo, que el Creador va renovando conforme a su imagen..."*

Algo parecido dice Efesios 4,22-24: *"Revístanse del hombre nuevo, al que Dios creó a su semejanza, dándole la justicia y la santidad que proceden de la Verdad"*. La existencia cristiana consiste toda ella en la transformación profunda del creyente que, de hombre viejo, dominado por las fuerzas del pecado y de la muerte, se convierte en hombre nuevo, a impulsos y a semejanza de Jesús.

El Adán del Génesis era sólo una *"figura del que tenía que venir"* (Rom 5,15). Los creyentes se convierten entonces en hombres nuevos gracias a una profunda participación bautismal en el ser de Cristo. El resultado final es que, por solidaridad con Jesús, el hombre llega a realizarse como auténtica imagen de Dios.

Ser imagen de Dios en Cristo es al mismo tiempo esperanza y experiencia presente, don acogido y compromiso responsable. Se trata de un camino ya iniciado a través de la experiencia histórica de fe y de amor de los creyentes, pero que esperamos completar llegando a la meta final, ya que Cristo es fiel.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Por qué afirmamos que el ser humano es imagen de Dios? ¿Es posible vivir como hijos de Dios, hermanos entre todos, en una sociedad en la que reina el individualismo?
2. Todos los que buscan defender la verdad, promover la justicia y vivir en solidaridad con los más pobres son perseguidos, calumniados y a veces hasta asesinados. ¿Por qué sucede así?
3. ¿Vivimos en nuestra familia y en nuestra comunidad realmente como hermanos? ¿Qué nos falta?
4. ¿Pretenden nuestros proyectos comunitarios construir el reino de Dios? ¿Cuáles son estos proyectos y cómo los estamos llevando adelante?

D - CONCLUSIONES

Los creyentes del siglo XX tenemos la obligación de rededir el mensaje bíblico tal como nuestros contemporáneos tienen necesidad de escucharlo, como una buena nueva, como una revelación, como un mensaje *“que sea una alegría para todo el pueblo”* (Lc 2,10).

No se trata de quedarnos en una mera repetición. Para que se comprenda la misma cosa hay que decirla de otra manera. La verdadera fidelidad es creativa. Lo mismo que entonces se habló a los hombres en su lenguaje, su mentalidad y su cultura, lo mismo ahora, los hombres de nuestro tiempo no podemos recibir la revelación sino en nuestro lenguaje, según nuestras experiencias y esperanzas. Y ello tiene una especial validez cuando se trata del mensaje sobre la idolatría.

1 - Los ídolos de la sociedad actual

Desde que se anunció en el siglo pasado el crepúsculo de los ídolos, éstos no han hecho más que cambiar sus ropajes y sus modos de existencia

La historia de la humanidad hasta el momento presente es primariamente la historia de la adoración de los ídolos, desde los primitivos de arcilla y madera, hasta los modernos ídolos del estado, la producción y el consumo. Es un hecho que el hombre tiende a rebajar a Dios al rango de ídolo. Por ello la vena idolátrica de nuestro tiempo no ha adelgazado, sino que prolifera en un amplio espectáculo de rituales, mistificaciones, beatificaciones de la propaganda, divinizaciones de la moda, reinstalaciones de lo sagrado...

¿Existe realmente tanta diferencia como pensamos entre los sacrificios humanos que ofrecían los aztecas a sus dioses y los modernos sacrificios humanos que se ofrecen a los ídolos del nacionalismo, del colectivismo marxista o del capitalismo? A los ídolos antiguos los han sustituido las nuevas proyecciones que el hombre hace de sí mismo en el intento prometeico de dominar la vida y la historia fuera del plan de Dios.

Nuestros obispos en Puebla han reconocido la presencia de ídolos en la sociedad actual: “El hombre cae en la esclavitud cuando diviniza o absolutiza la riqueza, el poder, el Estado, la sexualidad, el placer o cualquier otra obra de Dios” (nº 419).

Veamos un poco más en concreto algunas de estas idolatrías actuales, apoyándonos principalmente en textos del Congreso de Teología de Madrid sobre “Dios de vida, ídolos de muerte”.

a. El dios dinero

El dios secreto de nuestra sociedad es el crecimiento económico. Y la religión que aboga por el culto a este dios es la religión más poderosa de nuestro mundo. Su liturgia es la publicidad; sus seguidores se encuentran tanto en la derecha política como en la izquierda. Al crecimiento económico se sacrifican los hombres, la naturaleza y el futuro. Este gran señor, a través de la pauperización, del desempleo y de la destrucción de la

naturaleza, decide sobre la vida o la muerte de los hombres. Muchos son los sacrificados para que este fetiche viva.

En la sociedad actual el dinero es la mercancía que sirve como común denominador a todas las otras y en las que todas tienen que transformarse para recibir la confirmación de su valor. El dinero es la medida de valor de todo. Y este señorío absoluto del dinero implica precisamente la renuncia del hombre a poner la producción a su servicio. Como en el caso del Apocalipsis, nadie puede comprar ni vender sino el que tiene en la frente la marca de la Bestia (13,17). El mundo mercantil piensa y decide por nosotros. El es nuestro dueño, enmarañados, como estamos, en su red de propagandas multicolores, su consumismo y su jerarquía de valores.

Por doquier se presenta y se vive el mundo de las mercancías, del dinero y del mercado como un gran objeto de devoción, un mundo pseudodivino, que está por encima de los hombres y les dicta sus leyes. Ante él la virtud central es la humildad: hay que someterse a este gran objeto de devoción, sin rebelarse jamás. Sólo con una sumisión total al mundo del mercado es posible llegar al “milagro económico”... El libre comercio y la libertad de los precios, ha de dominar por encima de todo y de todos. Negarse a someterse al mercado y sus indicadores es, por tanto, el pecado más grave que se puede cometer, y ello lleva al caos y a la esclavitud... Por eso es necesario reprimir por todos los medios posibles cualquier intento de rebeldía contra este dios, tan planificado y estructurado. Está prohibido soñar o planear otro tipo de sociedad...

Esta forma de concebir la vida es idolátrica, precisamente en el mismo sentido en el que es usada esta palabra en la Biblia. Se trata del sometimiento del hombre y de su vida concreta al producto de sus propias manos, con la consiguiente destrucción del hombre mismo. El Dios bíblico es todo lo contrario a este fetiche, pues su voluntad es que el hombre concreto, con sus necesidades concretas, sea el centro de la sociedad y de la historia.

El efecto propio de los ídolos se muestra con radical desnudez en el conflicto en torno a la deuda externa de los países del Tercer Mundo. Este gigantesco endeudamiento está poniendo al descubierto las mandíbulas de muerte de la actual economía mundial. Es como una guerra silenciosa, en la que en vez de soldados mueren niños por desnutrición; en vez de miles de heridos hay millones sin trabajo; en la que la principal arma, más mortífera que las bombas nucleares, son los tipos de interés bancario. De hecho, gran parte de las producciones nacionales están destinadas a pagar, como en altar idolátrico, las tasas de interés. En este ritual el Fondo Monetario Internacional es el sumo sacerdote, que decide qué es lo que es bueno hacer y lo que es malo...

b. El dios poder

Hemos visto que el dios dinero emite señales que indican autoridad y exigen sumisión. A partir de ahí, el poder en cuanto tal se constituye también en un ídolo, personificado en diversos tipos de autoridades o instituciones, desde la familiar hasta el Estado y los grandes consorcios internacionales.

No se trata de condenar a todo poder, sino al que se constituye a sí mismo en centro y norma absoluta, exigiendo sumisión y vasallaje, extorsión y sacrificio hasta de la vida. Es el caso de todo poder opresor...

Ya vimos lo que dice de ello el Antiguo y el Nuevo Testamento. Aquellas problemáticas, a su modo, existen también en la actualidad, y muy fuertemente.

En nombre de los dioses del poder se deshumaniza hoy a los hombres, se les pauperiza, se les da muerte.

Son dioses de la muerte, que como en el caso del dios Moloc, exigen la vida de los hombres para subsistir.

Como los dioses de antaño, los actuales dioses nacionales se ocupan de la guerra y de la paz, de la supremacía militar... Y como aquellos, van acompañados de una red de relaciones de parentesco que hoy forman los bloques militares, y de una gran corte celestial cuyos epicentros son los Pentágonos, los Kremlin y los ministerios de defensa.

Hay gobiernos que *“no hacen caso de los dioses de sus padres... En lugar de ellos veneran al dios de las fortalezas”*, en cuyo honor se gastan las riquezas nacionales. En el fondo, a los únicos a quienes se exaltan es a sí mismos, según lo describe un pasaje del Apocalipsis de Daniel (11,36-39).

Borges, en su libro “Los conjurados”, dedica un poema a Juan López (argentino) y a John Ward (inglés), muertos en la guerra de las Malvinas:

“Les tocó en suerte una época extraña. El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios y de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras. Juan López y John Ward hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender”.

No es posible encontrar una aproximación mejor al ídolo nacional. Auspicia la guerra, nos convierte a todos en caínes y nos aparta de la racionalidad. Los dioses de la guerra en su versión moderna emplean también hoy sus estrategias específicas, basadas fundamentalmente en la defensa y la seguridad nacional.

Cada nación reivindica para sí una especial relación con la divinidad y se entiende a sí misma con misiones especiales entregadas por su divinidad..., que generalmente acaban en nacionalismos centralistas y hasta en imperialismos más o menos larvados. Para todo ello se da culto a la guerra y a la ideología de la seguridad nacional.

Multitud de dispositivos jurídicos y policiales intentan situar sobre el mismo plano la seguridad y la libertad, con lo que siempre es la libertad la que pierde, de modo que para

ganar un poco de seguridad se sacrifica la libertad. Su legitimidad se construye sobre el supuesto del aumento de la delincuencia, lo cual justifica lógicamente un estado policial.

En los países dictatoriales esta idolatría es la que da vida y fuerza ilimitada a la represión. Decía monseñor Romero: “Mientras no se conviertan los ídolos de las cosas de la tierra al único Dios verdadero, tendremos en esos ídolos el mayor peligro para nuestra patria” (4 - 11 - 79).

El área de reclutamiento de este ídolo se apoya en el patriotismo, ese gran fetiche que mezcla, en altas dosis, nacionalismo, populismo y adoración al Estado. Posee ritos propios, con cantos patriótico-religiosos. Y su pontífice es el Estado, autor de prodigios, maravillas, crímenes y calamidades...

El crecimiento de este ídolo es tentacular y acumulativo, hasta el punto que parece irreal: está en todas partes y no tiene rostro. Lo conocemos sólo por la inmensidad de sus devastaciones.

Ante el crecimiento espectacular actual de los ídolos del dinero y del poder, el pueblo necesita una teología que apoye su lucha de liberación. El enfrentamiento político se abre al enfrentamiento teológico. La teología se convierte en un nuevo terreno de lucha. La praxis de liberación necesita más que nunca una teología de liberación. Los pobres ya no luchan solamente contra las clases opresoras y sus mecanismos de explotación; sino también contra todo ese mundo de fetiches, ídolos y doctrinas espiritualistas opresores.

En este contexto la búsqueda y proclamación del Dios de Jesucristo, que para el capitalismo es la afirmación de un ateísmo subversivo y para el marxismo clásico una idiotez, para los cristianos es la afirmación de una práctica antiidolátrica sumamente necesaria en nuestro mundo. No se puede hoy buscar al Dios de Jesús sin enfrentarse directamente con los ídolos del sistema dominante. Una vez más el Dios de Jesús está en lucha contra dioses falsos, hoy asentados en el Olimpo del capitalismo o del marxismo.

c. El dios placer

Ante la insatisfacción personal que produce el mundo actual mucha gente se repliega en sí misma y en pequeños círculos, buscando aislarse de lo social y de lo político. Se vuelven hacia dentro, hacia lo privado, buscando sólo “encontrarse bien”, sin importarles para nada la suerte de los demás. Ello les lleva a sacralizar al “diván”, en actitud de apoltronamiento comodón, importándoles solamente la carga emocional de cada momento.

La idolatrización del placer promueve el interés preponderante por los problemas de identidad y la efervescencia sentimental. Mide la realidad social con el rasero de lo que sucede en mí y en mi pequeñísimo círculo de amigos. Se exageran los problemas de la personalidad.

Se encierran en su subjetividad, sin permitir que entre en ella ninguna voz ajena: nada que pueda turbar o cuestionar. Sólo se busca una liberación individual, o, mejor dicho, un sentimiento de liberación, de alivio provisional...

Sus rituales sociales más potentes giran en torno al cuerpo, a la espontaneidad del contacto, al instante, a la convivencia informal, al sentimiento del momento.

En nuestro tiempo se inmolan grandes dosis de felicidad humana al éxito visible, al ascenso profesional por encima de todo, aun pisoteando a otros. El dinero es para muchos, de una u otra forma, el más auténtico, fascinante y supremo bien, el único que puede dar felicidad a la vida.

Pero donde se absolutiza el “tener”, se destruye el “ser” del hombre. Y el adorar al dios-dinero para conseguir una vida “placentera” acaba llevando inevitablemente a las más diversas formas de explotación de los económicamente débiles y dependientes.

En el fondo, con todo ello el hombre se adora a sí mismo con pasión romántica, pero estos nuevos dioses acaban oprimiéndolo a él mismo y destruyéndolo.

Una de las manifestaciones del dios placer es la actual cultura de la droga. Su carácter idolátrico está justo en su enorme poder de crear dependencia, en su cosificación, en su efecto de hacer creer al adicto que él es el centro y la medida de todo. Se vive para la droga, se la busca a cualquier precio; por ella se da todo. Y así se van rompiendo todos los lazos con la realidad de los demás.

Como reacción quizás a los excesivos tabúes anteriores, también el sexo se convierte para ciertos sectores de la sociedad en un verdadero ídolo, alrededor del cual se orienta la vida y se le sacrifican grandes valores de ella.

Ultimamente va creciendo una estrecha relación entre técnica e idolatría. Si en un primer momento, la tecnología fue un factor contra los ídolos, ahora se ha convertido progresivamente en un productor de sacralidad.

La relación que actualmente tienen ciertos grupos sociales con la técnica se ha convertido en algo desbordante, irracional y patógeno. Se tiende a adorar a la técnica, a considerarla un fin autónomo, una fuerza con ser propio... Se olvida que no es sino la prolongación del brazo humano. No se busca con los medios disponibles la consecución de una vida humana digna para todos. Ciertas técnicas, en última instancia, no sirven sino para deshumanizar y aniquilar. A veces da la impresión de que ciertamente se saben construir trenes rápidos y cómodos, pero quizás con el fin de conducir al exterminio con mayor rapidez...

d. El dios de la superstición

El hombre con frecuencia concibe a Dios como aquel a quien él puede dar o aportar algo y a quien, por eso, puede arrancar algo. Este es el dios de la superstición, un dios de bolsillo, a quien el hombre intenta manejar, ya que se considera en poder de medios para dominarlo y llevarlo donde él quiera.

Unas veces serán fórmulas mágicas ininteligibles, como el antiguo latín, otras veces serán sacrificios costosos para aplacar su ira, o determinado conjunto de prácticas, como la vela encendida, la repetición mecánica de una oración o tal lugar o imagen milagrosos... Incluso a veces, y en forma mucho más refinada, se tratará de las “buenas obras” al estilo farisaico. Pero siempre el esquema es el mismo: el hombre se cree en posesión de unos poderes (o méritos o derechos) ante Dios, y los utiliza para atraerlo a donde él anhela.

Se piensa que Dios necesita de nuestros sacrificios, le gustan nuestros ritos y le dan gloria nuestras palabras. Y como eso es algo “necesario” en Dios, da poder al hombre: éste tratará entonces de usar ese poder en forma “comercial” para así manejar a Dios y convertir el poder de Dios en poder propio.

Asistimos actualmente al retorno de un cierto **fundamentalismo** religioso, en el que se intenta encasillar a Dios: decirle cómo y cuándo debe actuar. Ignorar la gratuidad y la libertad de Dios es un pasaporte para la idolatría, pues fácilmente se cae en representaciones utilitarias de Dios, que no sobrepasan los límites de nuestros intereses. No se respeta la trascendencia de Dios. Se le quiere instrumentalizar al servicio del juego legitimador de los poderes establecidos. Ese dios destructor, en cuyo nombre se desprecian y aun destruyen personas y culturas enteras no es sino el más grande de los ídolos. Es el dios momia, al que ya no se le permite desarrollar la creatividad de lo nuevo. El dios rival del hombre no es el Dios de la Biblia. La exclusividad y la exclusión son atributos propios del ídolo.

Normalmente en el fondo de estas actitudes se agazapa la religión del temor, propia del **integrista**. Lo que muchas veces anima su relación con Dios es el temor. Por ello debe alzarse entre él y Dios la fortaleza-Iglesia: institución inamovible, mandada férreamente por una casta sagrada y dotada por una ley intangible, sin misericordia. La intolerancia y las claras condenaciones realizadas por esa Iglesia le deben dar al integrista la certeza de que él es justo, de que no tiene nada que temer, de que la operación supervivencia ante Dios es un éxito, ya que es sobre los demás sobre quienes caerá el castigo divino. Como dice Pablo de los judíos, quizás sean buenos religiosos, pero se equivocan respecto a Dios (ver Rom 10,2).

No hay que olvidar, dentro de esta categoría, al religioso político, que defiende el integrismo por el servicio que le presta al poder establecido, manteniendo al pueblo en el temor y la sumisión.

Algunas formas de **religiosidad** ciertamente son idolatrías sutiles disfrazadas de piedad, formas de evasión para escapar artificialmente de la realidad que se sufre. Se piensa que Dios es una fuerza impersonal que puede ser manipulada mágicamente por el hombre a su capricho.

Soy muy partidario de la religiosidad popular. Creo firmemente que nuestro pueblo latinoamericano tiene fe auténtica en Dios, y a partir de esa fe se puede realizar un maravilloso proceso de evangelización. Las acusaciones de idolatría realizadas por las sectas y por algunos intelectuales católicos me parecen sumamente desbordadas. Pero

no por ello podemos ignorar las deficiencias y fallos de nuestro pueblo, pero con un tinte muy distinto al que le dan las sectas y algunos intelectuales.

A veces se adoran imágenes de santos no como modelos para imitar, sino como potencias especializadas para manipular. En ellos se descargan con suprema irresponsabilidad obligaciones que habría que enfrentar directamente. A veces los sacramentos y los ritos se consideran como analgésicos tranquilizadores o como “pólizas” que aseguran la salvación. Fruto de todo ello es una peligrosa actitud fatalista ante la vida. En el fondo del conformismo yace siempre un ídolo. Hay gente que “acaricia”, aun inconscientemente, imágenes cómodas de Dios para justificar su apatía por dar un sentido de cambio a sus vidas. La idolatría implica el detenimiento de la historia.

Una de las cosas que el hombre más busca en la superstición es la posibilidad de establecer su relación con Dios por así decir “inmediatamente”, y al margen de su relación con los demás hombres. A Dios se le reza, se le visita, se le da incienso, se le levantan templos..., y de este modo se dispensa el hombre de cambiar su conducta ante los hermanos. Construir a Dios un gran templo puede ser que sea la mejor forma de dispensarse de buscarlo en sus únicos templos verdaderos, que son los hombres. Realizar la consagración verbal de un país a cualquier advocación religiosa puede ser para un dictador la mejor manera de “consagrar” sus arbitrariedades...

Muchas veces la superstición es sumamente halagadora, pues suele dar poder, protagonismo y hasta dinero. Por eso es una gran tentación para gente de Iglesia. Allí donde el pueblo sea supersticioso, los sacerdotes serán socialmente más importantes y seguramente se enriquecerán más, a no ser que prediquen de veras al Dios de Jesús.

Dios no es una cosa, que está ahí, al capricho de la voluntad de cada uno. Es una familia de tres personas, con la que hay que comunicarse, no sólo intelectualmente, sino sobre todo de una forma vital. Sólo quien está dispuesto a vivir una amistad con Dios y con todo lo que es de Dios, quien está dispuesto a entregarse, a dejarse perder en él, estará realmente dispuesto a acoger a Dios tal como él se dé, y no sólo tal como uno tiene predeterminado que se habría de dar. A Dios hay que buscarlo donde él dice que está...

e. El dios de los filósofos

En los apartados anteriores hemos desenmascarado las imágenes de los dioses “manejables”, los dioses del dinero, del poder, del placer y de la superstición. Intentemos ahora esbozar la imagen del dios “indiferente” como suele ser el dios de los “filósofos” y de la “Ilustración”. A ellos se les llama “teístas” porque buscan a Dios sólo con la luz de la razón, sin tener para nada en cuenta la revelación bíblica.

En el siglo III ya Orígenes contraponía el dios de Platón al Dios de la tradición judeocristiana. Pero a la largo de la historia con frecuencia se han querido fusionar las dos concepciones de Dios. De hecho, la imagen de Dios que por mucho tiempo ha estado vigente en nuestra cultura occidental es de doble cara que, por un lado, parece

querer conservar los rasgos del dios intuido por la gran tradición filosófica griega y, por otro, lucha por mantener la fisonomía propia de la tradición bíblica.

En el tiempo actual, en el que de nuevo tiene primacía lo bíblico, vamos dándonos cuenta de la gran diferencia que existe entre las dos formas de concebir a Dios.

Platón habla de dios padre en un sentido cosmológico de ordenador del mundo; para Jesús, en cambio, Dios es Padre particular y especial de todos los hombres, con los que le unen profundos lazos de amor. El dios de la filosofía griega no es sino la respuesta a una pregunta curiosa, no comprometida, sobre el origen del mundo; no les interesa una relación personal con Dios, sino una mera explicación del universo. En cambio, el Dios de la Biblia es la respuesta a una acuciante pregunta existencial que atormentaba a todo un pueblo sometido a la esclavitud. No podían ser idénticos un dios ordenador de un mundo en el que se justificaba la esclavitud como algo natural y un Dios que surge como el Padre protector de un grupo de esclavos sometidos a una vida insoportable.

Aristóteles siguió sustancialmente el mismo planteamiento de explicar el origen del universo. Así llega él a un “Ser Necesario”, principio y fundamento de todas las necesidades parciales que se manifiestan en el universo. Por ello propone la existencia de un “Primer Motor”, que sea causa primera de todo movimiento, sin que él mismo se mueva.

Se puede afirmar que el acceso a Dios por las vías iniciadas por Platón y Aristóteles ha determinado el carácter de todo el teísmo occidental hasta nuestros días. Y el Dios en el que han creído muchos cristianos, y justo también el que han rechazado muchos “ateos”, ha sido fundamentalmente el dios explicación del universo de Aristóteles, aunque con atribuciones prestadas de la Biblia, como las de bondad y misericordia o su voluntad salvadora universal.

En los últimos siglos los deístas racionalistas de la Ilustración adoptaron también prácticamente al mismo dios aristotélico, pero sin estos atributos bíblicos.

Por este camino se llegó muchas veces a la imagen de un dios demasiado alejado de la humanidad: el dios arquitecto o relojero que, una vez que ha puesto en marcha la máquina del mundo, vive despreocupado de todo, aun de los asuntos de los hombres. Así es como en nuestros días algunos llegan a querer prescindir de él como de algo inútil... Para el dios de origen aristotélico resulta inapropiado tener relación con lo que es pequeño, mudable, perecedero y aun sucio.

Una visión del mundo pagana no ve las relaciones entre Dios y el mundo sino como relaciones de necesidad; una visión cristiana las contempla como relaciones de gratuidad y de libertad... Siendo un sistema dominado por el principio de la necesidad, en el platonismo no hay lugar para la libertad ni para la relación gratuita del amor, cosas absolutamente primarias dentro de un enfoque cristiano. Según la Biblia, Dios es Palabra, Comunicación libre, Relación gratuita, Comunión, Amor...

A la larga, según la idea de Dios que se tiene, así se concibe al mundo y se trata a los demás. El dios sin entrañas y sin misericordia de los ilustrados es el que engendra a

su imagen y semejanza ese sistema sin entrañas y sin misericordia que es el capitalismo moderno, en el que, como escriben los economistas de Chicago, aún son necesarias algunas nuevas “etapas perversas” para poder “progresar”.

Del dios apático y sin amigos se pasa a pensar que ése es el ideal de perfección humana. Bastarse a sí mismo, no necesitar de nada ni de nadie, no dejarse sacudir emotivamente; vivir en un Olimpo económico en el que no pueda tener acceso el dolor; ése es el ideal humano para los ilustrados creyentes.

Esos componentes son los que han engendrado el monstruo de inhumanidad que es el mundo del siglo XX: el de las dos guerras mundiales, el de los armamentos nucleares, el de los cincuenta millones anuales de niños muertos de hambre, el de las tres cuartas partes de la humanidad subalimentada... Es lo lógico, cuando se cree en un dios tan lejano, incapaz de sentirse afectado por el hombre y el mundo.

Habría que preguntarse si el ateísmo del comunismo no será en el fondo menos malo que el dios sin entrañas y sin misericordia que creó y conserva al capitalismo mundial.

Si la superstición ha podido ser llamada “el opio del pueblo”, la ilustración es el opio de los opresores. En el “opio” se da la expresión de un anhelo válido, pero con una solución ineficaz: la milagrería en un caso y la insensibilidad en el otro.

La teología natural nos puede dar quizás hasta una primera noticia de un dios fundamento del ser. Pero esta noticia no puede ser plenamente recibida si no se muestra que ese dios puede dar sentido y valor a la vida humana. El Dios bíblico, en cambio, sufre y condena en el Calvario los sufrimientos de toda la humanidad, y acto seguido, en la resurrección, triunfa con todos los justos y condena definitivamente la injusticia de los injustos.

Mucha gente piensa identificar a Dios correctamente cuando se le reconoce como “Ser Necesario” o “Causa Primera”. Pero cuando se empieza a hablar del Dios que libera a los oprimidos, hace justicia a los pobres y reclama la dignidad de los marginados creen ver en ello una maquinación satánica o una peligrosa infiltración marxista, seguida sólo por tontos útiles...

Todo este capítulo no pretende hacer de nosotros unos susceptibles neurasténicos que ven ídolos por todas partes. Ni censores, ni acusadores del prójimo, ni orgullosos “puros”. Se trata de ser sincero cada uno consigo mismo, de ponerse la mano en el pecho y ver hasta dónde llega nuestra fe en Dios y hasta qué punto estamos inficionados de actitudes idolátricas.

Generalmente todos nosotros, los que leemos esta clase de libros, tenemos una fe auténtica en Dios. Pero no por ello estamos libres de desviaciones en la fe y, sobre todo, de falta de la debida madurez en ella.

Pretendemos además tener criterios claros para discernir sobre la presencia de Dios en nosotros y en los demás. Hemos insistido repetidas veces que Dios es libre y gratuito: se manifiesta donde y como quiere él. Su acción está presente en todas partes,

aun en medio de las actitudes idolátricas. Tarea nuestra será distinguir las semillas de su presencia y activarlas en la medida en que nos sea posible. Ya dice el Concilio que las semillas del Verbo están presentes en todas las culturas... Nunca condenemos bloques enteros; algo de Dios hay siempre en ellos...

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Somos conscientes de que en el proyecto de Dios no entran de ninguna forma proyectos que busquen colocar en primer lugar al poder, al placer y al dinero?
2. ¿Por qué la humanidad quiere convertir a la plata en el centro de su vida, el dios que “manda” en la voluntad del ser humano?
3. ¿Qué actitud tiene nuestra comunidad frente al creciente avance de la fuerza destructora que el placer va imponiendo a través del consumismo, de la pornografía, de la prostitución, de la satisfacción de toda clase de privilegios personales?
4. ¿Qué tipo de poder se ejerce en nuestra familia, en la comunidad, en el trabajo, en la Iglesia, en la sociedad? ¿Es un poder de servicio, que favorece el crecimiento y posibilita la realización de todos?
5. ¿Cómo analiza nuestra comunidad la política económica que vivimos hoy en nuestro país?

2 - El desafío de las sectas

Las sectas presentan machaconamente el tema de la idolatría. Pero normalmente no saben pasar más allá de la cáscara del problema. Insisten en que las imágenes son ídolos, pero con frecuencia viven enredados en profundas actitudes idolátricas.

No hay que confundir a las sectas con las Iglesias históricas protestantes. Es muy desorientador cuando confundimos las cosas y hablamos indiscriminadamente de “sectas protestantes”. Hay ciertamente sectas de origen protestante, pero no todas son protestantes, ni todos los protestantes son sectas. Aunque ciertamente siempre hay el peligro de que algún grupo de alguna Iglesia, incluida la católica, se transforme en secta. Existen además tipos muy diversos de sectas; algunas son cristianas, otras pseudo cristianas y hasta las hay claramente no cristianas.

Las sectas son grupos normalmente desprendidos de la unidad de una Iglesia y encerrados en sí mismos.

Por eso una característica típica de ellos es la parcialidad: quieren considerar el todo sólo desde una parte. El sectario mira desde una sola perspectiva, con lo que se vuelve excluyente.

Otra característica es la simplificación; el sectario no es capaz de descubrir la complejidad de las cosas, sino que ve un único aspecto de la realidad y todo lo reduce a ese aspecto. Ellos destruyen la complejidad y la totalidad del mensaje cristiano, pues absolutizan aspectos parciales de él. Desprecian a todos los que no pertenecen a su grupo y rechazan todo diálogo o relación ecuménica con otros grupos religiosos. Cada uno piensa que fuera de su secta no hay salvación.

Interpretan la Biblia de un modo fundamentalista, reduccionista, fragmentado y arbitrario. Seleccionan las citas aislándolas de su contexto histórico y del lugar que ocupan en el proceso de revelación. Las toman al pie de la letra, sin preocuparles la intención con que fueron escritas. No les interesan las ciencias bíblicas como ayuda para comprender mejor lo que Dios quiso revelar cuando se escribió el texto y lo que quiere decirnos en la actualidad. Esperan que el mensaje les sea revelado directamente por Dios a cada uno en particular. Así es como con frecuencia sacan conclusiones descabelladas.

En algunas sectas el cristianismo no sufre sólo un reduccionismo, sino una clara falsificación. Son las sectas seudo cristianas. En estos casos el barniz cristiano es simplemente un fraude o un pretexto para engañar.

Todo esto hace posible que las sectas sean fácilmente manipuladas por todo tipo de ideologías y fuerzas políticas. Su reduccionismo y fundamentalismo les hace muy vulnerables a la manipulación ideológica y política, normalmente de carácter alienante y opresor. Las seudo cristianas en última instancia no son sino movimientos políticos de ultraderecha disfrazados de religión.

No es ahora el momento de analizar las causas del éxito de las sectas. Su principal caldo de cultivo es el estado de injusticia, explotación y miseria en el que viven las grandes mayorías. Dentro de este ambiente, una causa importante de su expansión es la ignorancia y la poca vivencia del cristianismo por parte de los cristianos.

Existe además toda una planificación y utilización por parte de los grandes grupos de poder, que a partir de la manipulación de la crisis actual y el sentido de culpa y de miedo en el pueblo, llegan a mantenerle entretenido en actitudes pasivas de resignación. Las sectas son provocadas frecuentemente por el poder opresor para ocultar su crisis y para legitimar su reproducción. Buscan matar el alma del pueblo, o sea, su cultura, su capacidad crítica y de lucha, su sentido común, su creatividad, su potencial evangelizador... Su ideología es opuesta a la esencia cultural de nuestro pueblo y al despertar de su conciencia religiosa y política. Fomentan una espiritualidad desencarnada de la vida, con un anuncio de salvación sólo para la otra vida que hace inútil todo compromiso histórico. Y abusan de la experiencia emocional, fanatizando hasta atentar contra la salud mental de sus seguidores.

La fe verdadera descubre al Dios de la vida, al Dios de los pobres, al Dios de la justicia y la verdad, y todo ello es intolerable para un sistema de muerte, de mentira y de injusticia. Por ello el poder opresor divinizado tiene especial interés en controlar la

conciencia religiosa del pueblo y para ello fomenta las sectas en nuestro continente donde está en marcha un despertar religioso del pueblo.

En las sectas se mete a la gente pretendidamente en un camino sin salida para sus problemas más profundos. De la misma miseria del pueblo nace una desesperanza y una búsqueda trascendente, a la que responden falsamente estos movimientos religiosos, cerrando toda posibilidad práctica de liberación.

Todo ello hace que las sectas no posean una teología coherente. Por el hecho de utilizar sistemáticamente la manipulación y el engaño, no han podido desarrollar una síntesis teológica que les dé consistencia y legitimidad. El fundamentalismo, que discurre por un manoseo irracional de citas bíblicas, les empobrece tremendamente y destruye todo tipo de teología sensata. La pérdida del sentido de paternidad de Dios hace que éste resulte, con frecuencia, objeto de temor. La certeza consoladora del Reino de Dios, que ya comenzó, está ausente, siendo sustituida por la espera de una segunda venida inminente en el tiempo. De ahí que el temor sustituya a la alegre esperanza.

Además, ellos utilizan sistemáticamente el poder y los métodos del gran capital. A veces son verdaderas transnacionales religiosas, que manejan muchísimos millones de dólares en sus centros de EE.UU. El Evangelio jamás podrá imponerse con el poder del dólar, sino por su propia fuerza interior.

A veces utilizan técnicas puramente comerciales para “vender” su mensaje y provocar una “conversión” que asegure el consumo religioso. Para ello fomentan en los clientes el sentimiento de culpa y de miedo para ablandarlo y provocarle el deseo de consumo religioso. Por este método no se da un encuentro personal, trascendente y gratuito con Dios; hay manipulación, pero jamás crecimiento espiritual. El fervor que despiertan es vacío y despersonalizante.

La única alternativa para responder a la invasión de las sectas es un camino positivo y profundo de evangelización. Muy poco se gana con atacarlas directamente; a veces ello provoca más fanatismo, y se las fomenta, pues se hacen las víctimas.

Lo más eficaz es desarrollar una evangelización profundamente bíblica y liberadora, centrada en Jesucristo y en la vivencia de la comunidad. He escuchado decir a algunas personas que ellos entraron en una secta porque ahí encontraron la Biblia, a Jesucristo y una vivencia comunitaria, cosas que nadie les había predicado antes. Y en este punto ciertamente tenían razón. Se sentían, además, acogidos y aceptados y participando de forma activa y creativa en el culto. Pero cuando conocieron las Comunidades Eclesiales de Base, volvieron al catolicismo porque reencontraron con más autenticidad a la Biblia, a Jesús y a la comunidad.

Una formación bíblica profunda y sistemática, a partir de la fe del pueblo, vivida en comunidad, es el mejor antídoto contra las sectas. Una interpretación correcta de la Biblia requiere una lectura dentro de la dinámica en que surgió: en el contexto comunitario, en la perspectiva histórico - evolutiva y en la apertura de la culminación en

Cristo. Todo ello sin descuidar el debido equilibrio entre la dialéctica del rigor exegético y la espontaneidad de la fe de los sencillos.

Como consecuencia del crecimiento de la fe se debe dar un compromiso que enfrente seriamente los problemas del pueblo: coherencia entre fe y compromiso por la justicia. Desde su vivencia religiosa, deben poder asumir un compromiso socio - político fundamental, sobre todo promoviendo y apoyando la organización popular, sin descuidar la dimensión personal y familiar.

A los que están metidos de lleno en este proceso de comunidades y organización a veces les hacen mella de nuevo los ataques de las sectas contra la religiosidad, especialmente contra el culto a las imágenes considerado siempre como idolátrico. En esta nueva crisis es necesario no quedarse en la superficialidad de estos planteamientos, sino ayudarles a profundizar a todos los niveles en las diferencias entre Dios y los ídolos.

También creo muy importante desarrollar una verdadera espiritualidad, profunda y popular, que alcance a todas las dimensiones de la vida y se manifieste en momentos de auténtica oración, tanto personal como comunitaria. Las asambleas cristianas no deben quedarse en meras reflexiones dialogadas: en ellas tienen que darse momentos de oración directa, en los que el pueblo pueda verdaderamente manifestar sus sentimientos religiosos, tanto de petición como de agradecimiento y alabanza a Dios. Las comunidades cristianas deben posibilitar una vivencia y maduración personalizada de la fe. Hay que saber valorar la dimensión espiritual y trascendente de la experiencia de Dios propia del pueblo.

Todo esto supone la puesta en marcha de ministerios laicales. La formación sistemática de animadores bíblicos es tarea prioritaria. Hay que poner los medios para que el Evangelio sea accesible al pueblo pobre y sencillo y lo pueda proclamar y asumir por sí mismo.

Insisto, como conclusión, que no se trata de tener una actitud represiva contra las sectas, sino de responder positivamente como Iglesia al desafío de la evangelización y al desafío de la conversión de la misma Iglesia, en defensa de la fe y de la vida del pueblo. Además se debe procurar reconocer y valorar lo bueno que haya en las sectas, sobre todo lo que tengan de verdad sobre Dios y sobre el hombre.

Muchos de estos enfoques están sacados del comunicado final de la consulta ecuménica de obispos realizada en Cuenca del Ecuador en noviembre de 1986.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Cómo enfrenta nuestra comunidad el crecimiento de grupos o sectas que se realiza en de nuestra zona? ¿Despierta ello en nosotros preocupación? ¿Por qué?

2. ¿Qué diferencia existe entre la práctica de las comunidades y la forma de proceder de las sectas? ¿Cuál es nuestra actitud, en cuanto cristianos, frente a esa forma de comportarse ellos?
3. Se dice en este capítulo que: “En las sectas se mete a la gente pretendidamente en un camino sin salida para sus problemas más profundos. De la misma miseria del pueblo nace una desesperanza y una búsqueda trascendente, a la que responden falsamente estos movimientos religiosos, cerrando toda posibilidad práctica de liberación”.
¿Cómo nuestra práctica y experiencia pastoral analiza esa actitud?
4. ¿Cuál es el papel político que desempeñan las sectas en América Latina y en nuestro país?

3 - El Dios que enseña a compartir

En muchos ambientes de nuestra sociedad se piensa que el hombre es básicamente perezoso y pasivo y que el único aliciente que le impulsa a hacer algo es el incentivo de una ganancia material, el hambre o el temor al castigo. Casi nadie duda de este dogma, que determina nuestros métodos de educación y de trabajo.

Por ello toda la artillería está dirigida a conseguir que se obtengan más y más ganancias materiales. Se piensa que en el “tener cosas” está la felicidad.

Pocas veces se piensa que los seres humanos sentimos también un deseo profundamente arraigado de “ser”: expresar nuestras facultades, relacionarnos con otros, escapar de la prisión del egoísmo, crear algo propio, participar, compartir, sacrificarse en aras de un servicio... Todo ello también es constitutivo del ser humano. A lo largo de la historia ha habido cantidad de personas que han luchado heroicamente por su dignidad y la de sus semejantes. En la actualidad hay jóvenes que no soportan el lujo y el egoísmo que le rodean en sus familias ricas; para poder ser ellos mismos sienten necesidad de no tener tantas cosas..., sino realizar esfuerzos constructivos, a veces heroicos.

Ambas tendencias, la del tener y la del ser, se encuentran presentes en los seres humanos. Son como dos fuerzas contradictorias, en lucha mutua, cada una con toda una cultura tras de sí.

Las culturas que fomentan la codicia de poseer, y por consiguiente el modo de existencia de tener, están enraizadas en un potencial humano. Las culturas que fomentan ser y compartir están enraizadas en otro potencial humano. Nosotros debemos decidir cuál de esas dos tendencias queremos cultivar, pero siendo conscientes de que nuestra decisión en gran medida está presionada por la estructura socioeconómica de nuestra sociedad, que nos impulsa a decidir por el “tener”. En realidad, el deseo natural de compartir, de dar y sacrificarse ambientalmente es

fuertemente reprimido, de tal modo que el egoísmo se ha convertido en regla común de comportamiento, y la solidaridad, la excepción.

Como consecuencia de la actitud egoísta dominante, se cree que la gente sólo puede ser estimulada por la esperanza de obtener ventajas materiales, pero que no reaccionará si se les pide solidaridad y sacrificios. Sólo sobornando a la gente se piensa que se puede influir sobre ellos...

Ya Pablo VI había dicho en su encíclica *Populorum Progressio*: “La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza” (nº 19).

Uno de los temas principales de la Biblia dice, en resumen: deja lo que tienes; libérate de todas las cadenas, sé tú mismo. La llamada de Dios al hombre exige una respuesta que des-instala. Ello es una constante en la Biblia, desde Abraham y Moisés, pasando por los profetas, hasta llegar al mismo Cristo, quien *“siendo igual a Dios, se despojó de lo suyo y tomó la condición de servidor”* (Flp 2,6s).

El desierto es símbolo clave de la desinstalación pedida por Dios. Es lugar de nómadas, que sólo requieren lo necesario para vivir, y no posesiones. Es el símbolo de una vida sin trabas y sin posesiones. En él es presentado como tentación el deseo de volver a Egipto, lugar en el que tenían un lugar fijo, alimentos pobres pero seguros, ídolos visibles... Temían la incertidumbre de la vida del desierto sin propiedades, con un ideal activo que construir. La esclavitud, tan pasiva, era mucho más tranquila... En el desierto, en cambio, había que repartirse cada día el maná según la necesidad de cada familia, procurando que ni sobrara ni faltara...

Una de las misiones de los profetas preexílicos fue renovar la visión de la libertad humana denunciando la sumisión a los ídolos, que no es sino la esclavitud al tener. En el destierro, en cambio, cuando lo perdieron todo, lo único que les quedó como pueblo fue el ideal de ser: aprender y proyectar un futuro fraterno en espera del Mesías...

Otro símbolo importante en el Antiguo Testamento es el descanso del sábado. Había que pasarlo como si no se tuviera nada, sin perseguir otra meta que ser, encontrarse a sí mismo: rezar, estudiar, comer, cantar, amar... Todo lo contrario a nuestros días modernos de “descanso”, en los que mucha gente intenta huir de sí mismo.

El Nuevo Testamento continúa la protesta del Antiguo, y aun la acentúa, en contra de la ambición del tener. Característica de los primeros cristianos fue una plena solidaridad humana. Buscan liberarse de la codicia. Su ética, al contrario de las demás, está enraizada en el ser, en el compartir, en la solidaridad, en el amor fraterno sin límites...

Símbolo de todo esto es el pasaje de las tentaciones. Jesús y Satanás aparecen como representantes de dos principios opuestos. Satanás representa el consumo material y la opresión sobre la naturaleza y sobre el hombre. Jesús representa la actitud de ser, y la idea de que el desprendimiento es el principio del ser. Jesús condena la sed

de acaparar bienes y poder (Lc 4,1-12). El mundo ha seguido los principios de Satanás. Pero el deseo de la realización plena del ser sigue aún vivo...

Un resumen maravilloso de la alternativa que ofrece Jesús se encuentra en las bienaventuranzas. Por ello nos parece que lo mejor será detenernos en ellas, como broche de oro de este folleto.

La primera bienaventuranza de Jesús llama felices a *“los que tienen espíritu de pobre”* (Mt 5,3). Se trata de elegir voluntariamente el estado de pobreza evangélica. Por eso algunos la traducen: *“dichosos los que eligen ser pobres”*... Esto quiere decir que para el pobre evangélico el tener no es el valor absoluto. En cambio, el rico según el Evangelio, es el que tiene sólo para sí mismo. Puede haber también pobres sociológicos con un deseo fuerte de riqueza y, si no se la consiguen, es porque no pueden, pero su ideal es acaparar bienes; éstos no entran en la bienaventuranza evangélica.

El pobre de las bienaventuranzas es el que comprende que solamente mediante esta opción se elimina la injusticia del mundo: eligiendo esa pobreza, ese estado contra el tener demasiado y retenerlo egoístamente. El que acepta una vida de austeridad voluntaria, como opción contra la injusticia del mundo, ya forma parte del Reino de Dios. Dios es justo y no soporta la injusticia; por eso, el que hace esa opción, ése es de Dios: *“tiene a Dios por Rey”*.

Las bienaventuranzas crean una sociedad alternativa, en la que se niegan los valores en que se funda la sociedad actual y se proponen otros nuevos. Jesús invita a vivir otro sistema de valores: la igualdad fraterna, que se manifiesta en el compartir en vez del competir; el servicio en lugar del dominio. Estos son los valores que forman la nueva sociedad.

En el mismo sermón del monte, un poco más adelante, Jesús realiza una maravillosa explicación del sentido que le da él a la primera bienaventuranza. Dice:

“Déjense de acumular riquezas en la tierra, donde la polilla y la carcoma las echan a perder; donde los ladrones abren huecos y roban” (Mt 6,19). Es como decir: *“acumulan ustedes riquezas para tener seguridad; pues sepan que esa seguridad que buscan es falsa. La única seguridad está en Dios”*. Hay que elegir entre la riqueza según el mundo o la riqueza de las bienaventuranzas.

Jesús añade: *“Porque donde tengas tu riqueza, tendrás el corazón”* (6,21). El corazón se pone en lo que se piensa que da seguridad. El hombre se define por sus seguridades y por sus objetivos. Si nuestro objetivo es acumular dinero para tener seguridad, eso nos define. Si nuestro objetivo es quedar libres para poder servir, eso nos califica.

Jesús completa esta aclaración afirmando: *“La esplendidez da valor a la persona. Si eres desprendido, toda tu persona vale; en cambio, si eres tacaño, toda tu persona es miserable. Y, si por valer, tienes solo miseria, ¡qué miseria tan grande!”* (Mt 6,22s).

En esta traducción acertada de la Nueva Biblia Española, vemos que Jesús contrapone el ser generoso y el ser tacaño, destacando que lo que da valor a la persona

es la generosidad. En cambio, la tacañería deja sin valor a la persona. De manera que el ser pobre evangélico consiste, además de “en no tener mucho”, en ser desprendido y generoso, es decir, en compartir.

En la comunidad nueva, en la sociedad nueva que Jesús quiere fundar, la gente renuncia a que el valor del tener sea el objetivo de su vida, sea el ídolo de su vida, el valor supremo. Por lo tanto, no se pueden tener demasiadas cosas; pero, de lo que se tenga, hay que ser desprendidos, hay que estar dispuestos a ayudar, y así se va creando la nueva sociedad. Los rasgos, pues, de esa pobreza por la que se opta en la primera bienaventuranza son, en primer lugar, una vida modesta, y, segundo, una disposición a compartir todo lo que se es y se tiene.

El primer mandamiento está íntimamente unido a la primera bienaventuranza. Viviendo un nivel de vida modesto, dispuestos siempre a compartir y a ayudar, es como se ama, *“con todo el ser”*, al Padre común de todos los hombres .

Hay también otros pasajes que se refieren a lo mismo, como por ejemplo, los episodios de “la multiplicación de los panes”. Ahí tenemos también lo del compartir. El Señor enseña a que el grupo ponga en común todo el alimento que tiene; no una parte, sino todo. El compartir hace que haya para todos y, además, así se manifiesta la generosidad del Dios creador. Por eso, Jesús da gracias al Padre por el pan, con lo que está diciendo que ese pan es de Dios; no es nuestro: es don suyo; y nosotros continuamos esa misma generosidad dándolo también a los demás, poniéndolo en común, que es para lo que nos lo ha dado. Y de esta manera alcanza para todos y aun sobra.

En realidad, Jesús da un modelo nuevo de sociedad, porque los discípulos le proponen ir a comprar pan y consideran que no tienen dinero para conseguir todo lo que hace falta. O sea, con el sistema de compra/venta, que es la economía del mercado, economía del que tiene mucho y cede una parte por medio de un precio, el precio que él le pone, esta economía es la ordinaria en el mundo, y nunca bastará para remediar la necesidad de los hombres.

Jesús, en este episodio, lo que da es un modelo de sociedad, no ésta de los que acaparan y luego venden, y el que no tiene para pagar se queda sin comer; sino la sociedad que comparte. En una sociedad que trabaja y comparte, hay de todo. Este es el espíritu de la primera bienaventuranza, cumbre del proceso de revelación bíblica y resumen de la predicación de Jesús. Por raro que resulte al mundo de hoy, los que de veras queremos seguir al Crucificado-Resucitado no podemos dejar de tomarla en serio.

Las demás bienaventuranza no son sino nuevos puntos de vista de la primera.

La metáfora de la cuarta es fortísima: *“Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados”* (Mt 5,6). Quiere decir que sin justicia el hombre no puede vivir. La vida en la injusticia es de muertos en vida. Lo mismo que el que no tiene que comer y no tiene que beber se muere, el que no tiene justicia es un muerto en

vida. “Justicia” supone igualdad, supone dignidad, ser tratados como personas, supone libertad, autonomía, derecho a decidir por uno mismo, en fin, todo lo que nos hace “ser” hijos de Dios. No se trata sólo de la llamada “justicia social”; sino de la Justicia de Dios: que como personas y como sociedad lleguemos a vivir según el Plan de Dios.

¿Cómo entender esa renuncia al “tener” en esta sociedad tan consumista de hoy? De las mismas bienaventuranzas no se pueden sacar unas normas claras, ya que se trata sólo de actitudes fundamentales. Suponiendo el Espíritu, que da el deseo de hacerlo, el deseo de entrega, tenemos que ver, con el talento que Dios nos ha dado, cómo lo llevamos a la práctica. Esto hay que pensarlo dialogando, imaginando, creando iniciativas nuevas. No se trata de una ley, sino de una actitud ante la vida, una actitud enormemente lanzada y exigente, dada por Jesús, que nos impulsa a buscar cómo ir construyendo la justicia de ser todos personas según Dios.

Para reflexionar y dialogar

1. ¿Qué espera Dios de nosotros en cuanto comunidad cristiana? ¿Hasta qué punto está dispuesto cada uno de nosotros a compartir sus bienes con los más necesitados? ¿Cómo se relaciona nuestra comunidad con los pobres, los sencillos y los más débiles?
2. Somos hijos de Dios, y por consiguiente estamos llamados a poner en práctica su proyecto. Parte esencial de este proyecto es el saber compartir. Pero existen unas estructuras que nos lo impiden. ¿Cuáles son estas estructuras que frenan el compartir?
3. Jesús se convierte en presencia cada vez más viva en la comunidad en la medida en que asumimos el compromiso por una sociedad nueva y libre, justa y fraterna. ¿Cómo enfrenta nuestra comunidad este compromiso?
4. ¿Cuál es el nuevo modelo de sociedad que presenta Jesús? ¿Cuáles son los nuevos valores que él propone?
5. ¿Por qué los pobres, los más sencillos, el trabajador sufrido de la ciudad o del campo, tienen más facilidad para comprender y aceptar la propuesta de Jesús para construir una nueva sociedad?

Cuadro resumen

Dios Los ídolos

No creado por nadie Creados por nosotros
Es una realidad en sí Es sólo la proyección de una
..... actitud interior humana
Tiene poder de por sí Tienen el poder que le damos
Es uno Son muchísimos
Es Amor y está presente Es fruto de egoísmo y está
donde hay amor presente donde hay egoísmo
Es bueno para con todos. Favorecen lo malo
Salva No salvan
Libera Oprimen y alienan
Es todo verdad Son todo mentira
Siempre pide más en lo bueno Justifican el mal
..... o lo menos bueno
Existe en todas partes Existen en donde los crean
y para todos..... y para quienes los crean
Es todo Es nada
Su signo es el “más” (+) .. Su signo es el “menos” (-)

Bibliografía

- José Luis Sicre, Los dioses olvidados, Poder y riqueza en los profetas preexílicos, Cristiandad 1979.
- Pablo Richard, Nuestra lucha es contra los ídolos, en La lucha de los dioses, Los ídolos de la opresión y la búsqueda del Dios liberador, DEI, San José 1980, pgs 9-32.
- _____, La fuerza espiritual de la Iglesia de los pobres, DEI 1987.
- Carlos Mesters, La ley de Dios, herramienta de la comunidad, EDICAY, Cuenca 1987.
- _____, Cielo nuevo y tierra nueva, EDICAY 1987.
- Severino Croato, Los dioses de la opresión, en La lucha de los dioses, pgs 33- 56.
- Jorge Pixley, Dios enjuicia a los idólatras en la historia, en La lucha de los dioses, pgs 57-78.
- Hugo Assmann, La fe de los pobres en la lucha contra los ídolos, en La lucha de los dioses, pgs 231-268.
- Jon Sobrino, Jesús en América Latina, Sal Terrae 1982.
- _____, Resurrección de la verdadera Iglesia, Sal Terrae 1981.
- Gustavo Gutiérrez, El Dios de la vida, Lima 1981.
- Xavier Alegre, Los ídolos que deshumanizan al hombre, en El secuestro de la verdad, Sal Terrae 1986.
- José P. Miranda, Marx y la Biblia, Sígueme 1975.
- Adolf Exeler, Los Diez Mandamientos, Sal Terrae 1983.
- G. Barbaglio, Imagen, en Diccionario Teológico Interdisciplinar, Sígueme 1982.
- Erich Fromm, ¿Tener o ser?, Fondo de Cultura Económica, Madrid 1983.
- _____, Y seréis como dioses, Paidós, Barcelona 1984.
- Rafael Avila, Biblia y Liberación, Paulinas, Bogotá 1973.
- José L. Caravias, El Dios de Jesús, Paulinas, Bogotá 1986.
- Josep Vives, El ídolo y la voz, reflexiones sobre Dios y la justicia, en La justicia que brota de la fe, pgs 63-127, Sal Terrae 1982.
- Victorio Araya, El Dios de los pobres, DEI 1983.
- Franz Hinkelammert, Las armas ideológicas de la muerte, DEI 1981.
- Juan Mateos, El Sermón del Monte, EDICAY 1987.
- J. L. Crenshaw, Los falsos profetas, Bilbao 1986.
- Bernard Lambert, Las bienaventuranzas y la cultura hoy, Sígueme 1987.

François Varone, El Dios ausente, Reacciones religiosa, atea y creyente, Sal Terrae 1986.

Louis Evely, El ateísmo de los cristianos, Verbo Divino 1981.

Friedrich Mildenerger, El problema de Dios en el debate actual, Desclée 1976.

Enzo Bianchi, Seguir a Jesús el Señor, Radicalismo cristiano, Narcea, Madrid 1982, pgs 13-22: Desde la idolatría a la fe.

J.I. González Fas, Imágenes de Dios, en Misión Abierta, Dioses de vida ídolos de muerte, noviembre 1985, pgs 29-41

Joaquín García Roca, Idolos de muerte en la sociedad actual, en Misión Abierta, Dioses de vida ídolos de muerte, id., pgs 42-58.

Bernhard Lang, Solo Yahvé: Origen y configuración del monoteísmo bíblico, en Concilium nº 197, enero 1985, pgs 57-66.

Gabriel Vahanian, Monoteísmo o crítica de los ídolos ayer y hoy, en Concilium nº 197, pgs 125-137.